



ATALA,

ó

LOS

AMORES DE DOS SALVAGES

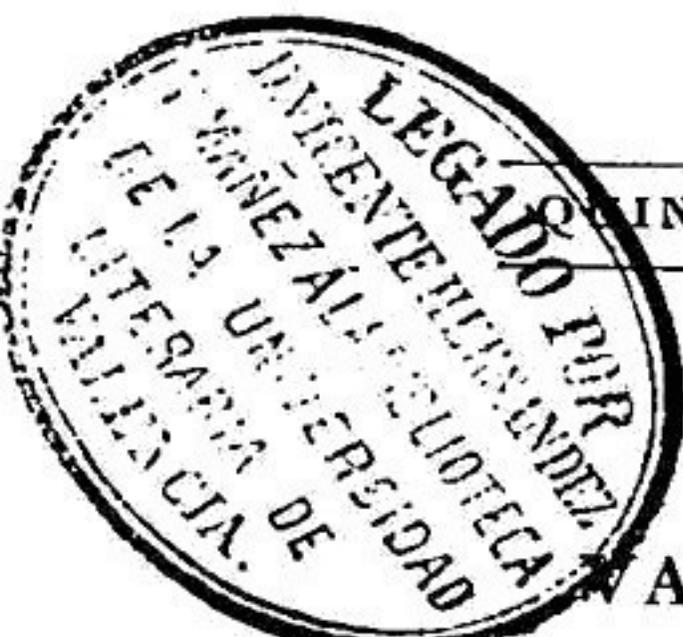
EN EL DESIERTO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

Mr. CHATEAUBRIAND.

QUINTA EDICION.



VALENCIA,

LIBRERÍA DE MALLÉN Y SOBRINOS,

EN FRENTE DE SAN MARTÍN.

—
1835.



Esta traducción de la *ATAJA*, novela de Mr. Châteaubriand, es propiedad absoluta de los Editores.

IMPRENTA
DE JOSÉ FERRER DE ORGA.

R. 15.543







Bendita sea la Providencia Ya ha
ce mucho tiempo que os voy buscando

W. G. 1917



Á LA
SEÑORA DOÑA R. G. T.

SU AMIGO P. G. R.

*¿Cómo podría yo no dedicar á
vmd., apreciable amiga, la tra-
duccion de la ATALA, cuando ade-
mas de ser deuda de mi amistad*





Bendita sea la Providencia. Ya he
re mucho tiempo que os voy buscando.



A LA
SEÑORA DOÑA R. G. T.

SU AMIGO P. G. R.

*¿Cómo podría yo no dedicar a
vmd., apreciable amiga, la tra-
duccion de la ATALFA, cuando ade-
mas de ser deuda de mi amistad*



el hacerlo, fue uno de los motivos que me estimularon á emprenderla el que vmd. leyese en castellano esta interesante novelita? Sí, interesante para todos; pero mucho mas para quien debe sentir un placer con solo el recuerdo del pais cuyas bellezas sabe realzar tanto Châteaubriand. ¡Ojalá fuese mi copia digna del original! entonces mi obsequio no recibiria todo su valor de la amistad.



ADVERTENCIA.

EN los traductores es tan disculpable como común el hablar con entusiasmo de las bellezas que trasladan á otra lengua: al menos este placer debe contárseles en parte del fruto de su trabajo. Yo podría tambien detenerme en hacer el elogio de la *Atala*, sin que se entendiese que usaba de este permiso; y aun debería lisonjearme de encontrar muchos que participasen del entusiasmo que escita en mí su lectura.

El mérito de esta novelita es bien conocido en Francia, donde se han multiplicado rápidamente sus ediciones: siendo de extrañar que no se haya traducido antes en España, á pesar de la aceptación que tambien ha logrado entre nosotros. El deseo de ver en nuestra lengua una obra tan digna de la atención de los literatos,

II

me hizo vencer el desaliento que al principio me retrajo de emprender su traduccion.

He tocado muy de cerca las dificultades que ella presenta, para lisonjearme de que no se encontrarán defectos en la que doy al público, hecha en los ratos de ocio que me dejan ocupaciones mas sérias y desagradables. Ninguna obra en su clase es mas á propósito que ésta para crear espresiones poéticas, y un lenguaje parecido al del cantor de Aquiles, ó al del sublime y melancólico hijo de Fingal. En la Atala la espresion mas comun se halla convertida en una figura, en la boca del hombre de los desiertos; porque como han hecho notar escritores famosos, el hombre de la naturaleza pone todas sus ideas en imágenes. Pero esto es cabalmente lo que hace mas difícil su traduccion; habiendo el traductor de caminar siempre entre dos escollos, el de ser hinchado, ó el de no espresar las bellezas y gracias del original; y viéndose precisado á buscar en el lenguaje ciertos giros nuevos, que es forzoso dar á la espresion, para no hacer lánguida la idea del autor, ó quitarla su verdadero colorido.

No es esto disculpar los defectos de mi traduccion; es poner á la vista sus dificultades: y aunque pudiera decir que no he tenido para corregirla escrupulosamente todo el tiempo necesario, esto no me eximiria de la crítica, si no

III

soy tan desgraciado que ni aun crítica merezca. Al menos habré tenido la buena eleccion de trasladar á nuestra lengua una novela original en su clase , y de un estilo y gracia singulares ; y acaso mi ejemplo animará á otro á dar una traduccion digna de Châteaubriand.

Á pesar de todo hubiera sufocado mis deseos , si no considerase que al fin el fuego de sensibilidad que reina en la Atala y sus descripciones nuevas y sublimes , son bellezas que nunca llegará á desfigurar una mala traduccion. En vano sería yo poco correcto y poco sublime; mi pluma debia copiar cuadros dignos del Rafael ó del Ticiano , y era difícil borrar enteramente sus contornos y su colorido. Bien que para mi satisfaccion , bastará que los amantes de las letras y de la naturaleza se complazcan en la escena nueva é interesante que presenta el hombre de los desiertos , y el combate de su corazon agitado entre la religion y el amor. Estas pinturas agradarán siempre á todo hombre que tenga ó sensibilidad ó imaginacion.

Del prólogo del autor he traducido sólo lo que he contemplado preciso para dar idea de la obra , omitiendo lo que tocaba directamente á su persona. En lo demas si no he sido tan feliz como quisiera en trasladar á nuestra lengua bellezas inimitables de descripcion y de sentimiento; si en mi traduccion no se ve aquella magia,

IV

con que en boca de Châteaubriand enternece la espresion mas sencilla , y tal vez la mas comun , al menos podré decir con La-Fontaine:

«On le peut : je l'essaye : q'un autre le finisse.»



PREFACIO DEL AUTOR.



Por la carta precedente(1) se viene en conocimiento del motivo que hubo para publicar la Atala, antes que saliese á luz mi obra sobre el Genio del cristianismo, ó las bellezas poéticas y morales de la religion cristiana, de que forma parte. Resta solo dar una idea del modo con que se compuso esta historia.

1 La carta á que alude el autor, se insertó en el publicista: se ha omitido su traduccion, por no creerla necesaria. El motivo de publicar separada esta obrita, fue el evitar los perjuicios que podia ocasionar al autor el extravío de algunas copias de ella.



Muy jóven era yo aun cuando concebí la idea de hacer la epopeya del hombre de la naturaleza, ó de pintar las costumbres de los salvages, ligándolas á algun suceso conocido. Despues del descubrimiento de la América, no encontré asunto mas interesante, en especial para los franceses, que la mortandad de la colonia de los natches en la Luisiana, el año 1727. Me pareció que todas las tribus indianas, conspirando por espacio de dos siglos de oposicion para restituir la libertad al Nuevo-mundo, ofrecian al pincel un asunto casi tan feliz como la conquista de Méjico. Delineé sobre el papel algunos fragmentos de esta obra; pero desde luego eché de ver que carecia de los verdaderos colores, y que para hacer un retrato parecido, era forzoso visitar los pueblos que queria pintar, siguiendo el egemplo de Homero.

En 1789 comuniqué á Mr. Malesherbes el proyecto que habia formado de

pasar á América. Pero deseando dar al mismo tiempo á mi viage un objeto útil, pensé en descubrir por tierra el paso tan buscado, sobre que Cook nos habia dejado tantas dudas. Empecé pues mi marcha, recorrí las soledades americanas, y volví con planes para otro viage que debia durar nueve años. Me proponia atravesar todo el continente de la América septentrional, subir en seguida por lo largo de sus costas hácia el norte de la California, y volver por la bahia de Hudson, rodeando por debajo del polo. Mr. Malesherbes se encargó de presentar mis planes al Gobierno, y entonces fue cuando leyó los primeros fragmentos de la obrita que doy al público.

De todos mis manuscritos sobre la América solo he salvado algunos fragmentos, en especial la Atala, que no era mas que un episodio de los Natches. La Atala se ha escrito en el desierto, debajo de las chozas de los mismos

salvages. No sé si el público gustará de esta historia que sale de todos los rumbos trillados, y presenta una naturaleza y unas costumbres enteramente nuevas para Europa. En la Atala no hay aventuras; es una especie de poema (1), medio descriptivo, medio dramático: todo consiste en la pintura de dos amantes que caminan y conversan juntos en la soledad: todo gira sobre la pintura de los sobresaltos del amor, en medio de la calma de los desiertos y del sosiego de la religion. He dado á mi obra las formas mas antiguas, dividiéndola en prólogo, narracion y

1 En un tiempo en que todo se halla pervertido en la literatura, me veo precisado á advertir que si empleo aquí la voz *poema*, es por ignorar cómo esplicarme de otro modo. No soy de esos bárbaros que confunden la prosa y el verso. El poeta, por mas que digan, es el hombre por escelencia; y volúmenes enteros de prosa descriptiva, no equivalen á cincuenta hermosos versos de Homero, Virgilio ó Racine.

epílogo. *Las principales partes de la narracion toman su denominacion diferente, como los cazadores, los labradores &c.; de este modo en los primeros siglos de la Grecia, cantaban los rapsodas bajo de diferentes titulos, los fragmentos de la Odisea y de la Iliada. No negaré que fuera de la parte descriptiva, he buscado la mayor sencillez en el fondo y en el estilo; bien es verdad que aun en la descripcion hay un modo de ser juntamente pomposo y sencillo. Decir que lo he intentado, no es decir que lo haya conseguido. Hace mucho tiempo que solo leo la Biblia y el Homero: dichoso yo si lo demuestro, y si en las tintas del desierto y en los sentimientos propios de mi corazon, he llegado á vaciar los colores de estos dos grandes y eternos modelos de lo bello y lo verdadero.*

Añadiré que no ha sido mi objeto arrancar muchas lágrimas: me parece un error peligroso el sentado entre

otros por Voltaire, que las obras buenas son las que mas hacen llorar. Drama hay de que nadie quisiera ser autor, y que destroza el corazon mucho mas que la Eneida. El ser grande escritor no consiste en poner el alma en tortura. Las verdaderas lágrimas son aquellas que hace verter una hermosa poesia; y es preciso que en ella entre igual parte de admiracion que de dolor.

Así Priamo dice á Aquiles:

Ἄνδρὸς παιδοφονοῖο ποτὶ στόμα χεῖρ
ἔρεγεςθαι.

Juzga el esceso de mi desgracia, cuando beso la mano que ha dado muerte á mis hijos. *Así Josef esclama: Ego sum Ioseph frater vester, quem vendidistis in Ægyptum. = Yo soy Josef vuestro hermano, á quien vendisteis para Egipto.*

Estas son las únicas lágrimas que deben bañar las cuerdas de la lira, y hacer mas tiernos sus acentos. Las Musas son mugeres celestes, que no

desfiguran sus facciones con gestos ridículos: si lloran es con la intencion secreta de embellecerse.

Por lo demas no soy como Rousseau, un entusiasta de los salvages: y aunque quizá tengo para quejarme de la sociedad tantos motivos como tenia este filósofo para lisonjearse de ello, no creo que la pura naturaleza sea la cosa mas hermosa del mundo. Por todas partes donde he tenido proporcion de contemplarla, la he encontrado muy deforme. Muy lejos de creer que el hombre que piensa es un animal depravado, creo que el pensar es lo que constituye al hombre. Todo se ha perdido con esta palabra naturaleza. Pintémosla, pero sea en bello: el arte no debe emplearse en imitar monstruos.

No hablaré aquí de la moralidad que he querido dar en la Atala, siendo fácil el conocerla, y estando resumida en el epilogo; pero diré algo sobre mis personajes.



La Atala, como el Filoctetes, no tiene mas que tres personas. Acaso la muger que he querido pintar, presentará un carácter bastante nuevo. Las contradicciones del corazon humano no se han desenvuelto suficientemente; y merecen serlo tanto mas, cuanto dependen de la antigua tradicion de una degradacion original, y consiguientemente descubren ideas profundas sobre lo que hay de grande y misterioso en el hombre y en su historia.

Cháctas, el amante de Atala, es un salvage que se supone nacido con talento, y que está mas que á medio civilizar, pues no solamente sabe las lenguas vivas, sino aun las muertas de Europa. Debe pues producirse con un estilo medio conveniente á la linea sobre que camina, entre la sociedad y la naturaleza. Esto me ha proporcionado grandes ventajas, haciéndole hablar como salvage en la pintura de las costumbres, y como europeo en el

drama y en la narracion. Sin este recurso era preciso renunciar á la obra: si siempre hubiese empleado el estilo indiano, la Atala estaria en griego para el lector.

En cuanto al misionero, he procurado pintar á este sacerdote tal cual es.

Si despues de todo se examina lo que he reunido en tan pequeño cuadro; si se considera que no hay circunstancia interesante en las costumbres de los salvages que no haya indicado; bello efecto de la naturaleza, sitio hermoso de la Nueva-Francia que no haya descrito; si se repara que al lado del pueblo cazador he colocado un cuadro completo del pueblo labrador, para manifestar las ventajas de la vida social sobre la vida salvage; si se atiende á las dificultades que se me han presentado para sostener el interes dramático entre dos personas, durante una larga pintura de costumbres y numerosas descripciones de paises; si se

observa en fin, que en la catástrofe misma me he privado de todo socorro, procurando sostenerme, como los antiguos, únicamente por la fuerza del diálogo; estas consideraciones me harán acaso acreedor á alguna indulgencia de parte del lector. Repito que no me lisonjeo de haber conseguido un éxito feliz; pero siempre se debe agradecer á un escritor, el que haga sus esfuerzos para volver á la literatura aquel gusto antiguo que tanto se ha olvidado en nuestros dias.

Por último diré que si el Gobierno frances, por un designio de la mas sublime politica, pensase un dia en reivindicar el Canadá de la Inglaterra, mi descripcion de la Nueva-Francia recibiria un nuevo interes. El asunto de la Atala no es todo de invencion mia: es cierto que hubo un salvage en las galeras y en la corte de Luis XIV; es cierto que un misionero frances ha hecho lo que he contado; y es cierto

que he encontrado salvages cargados con los huesos de sus abuelos, y una madre jóven colocando el cuerpo de su hijo sobre las ramas de un árbol. Algunas otras circunstancias son tambien verdaderas; pero como no inspiran un interes general, me creo exonerado de hablar de ellas.





ATALA,

ó

LOS AMORES DE DOS SALVAGES

EN EL DESIERTO.

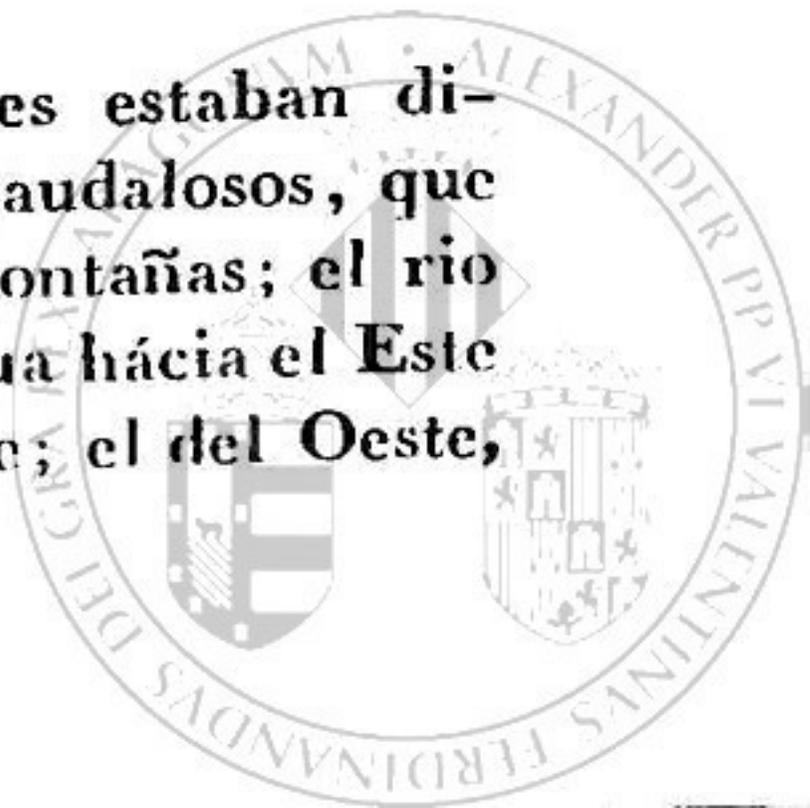


PRÓLOGO.

—

EN otro tiempo poseyó la Francia en la América septentrional un vasto imperio, que se extendía desde el Labrador hasta las Floridas, y desde las playas del Atlántico hasta los mas apartados lagos del alto Canadá.

Estas inmensas regiones estaban divididas por cuatro rios caudalosos, que nacían en las mismas montañas; el rio San Lorenzo, que desagua hácia el Este en el golfo de su nombre; el del Oeste,



que lleva sus aguas á mares desconocidos; el rio Borbon, que corre de Mediodía á Norte, y se precipita en la bahía de Hudson; y el Meschacebé (1), que bajando de Norte á Mediodía se pierde en el golfo megicano.

Este último, en el espacio de mas de mil leguas fertiliza una deliciosa comarca, que los habitantes de los Estados-Unidos llaman el nuevo Eden, y á la que han conservado los franceses el dulce nombre de Luisiana. Otros muchos rios tributarios del Meschacebé, el Missouri, el Illines, el Akanza, el Ohío, el Wabacha y el Tenaso, la benefician con su cieno, y la fecundan con sus aguas.

Cuando todos han crecido con las lluvias del invierno, cuando las tempestades han asolado pedazos enteros de bosques; el tiempo reúne sobre los

1 Nombre propio del Missisipi ó Meschasipi.

manantiales árboles arrancados, los trabaja con lianas, los consolida con lodo, planta encima algunos arbolitos, y arroja su fábrica á las aguas. Impelidas estas balsas por las espumosas ondas, bajan de todas partes al Meschacebé, que las arroja hácia su embocadura para formar allí un nuevo brazo. Atravesando por debajo de los montes, de trecho en trecho levanta su estrepitosa voz, y estiende las aguas de que rebosa, al rededor de colunatas de bosques y pirámides de sepulcros indianos; haciéndose el Nilo de los desiertos. Pero en las escenas de la naturaleza, la gracia siempre camina unida á la magnificencia; y mientras la corriente del centro lleva tras sí al mar cadáveres de pinos y encinas, sobre las dos laterales se ven nadar á lo largo de la ribera islas flotantes de alfónsigo y de ninfea, cuyas rosas amarillas se levantan á manera de mariposas. En estas naves de flores se embarcan de pasajeros serpientes ver-



des, garzas azules, flamencos de color de rosa y cocodrilos pequeños; y desplegando al viento sus velas de oro, la colonia llega dormida á desembarcar en algun remanso retirado.

Con el curso de las aguas va presentándose el cuadro mas extraordinario, desde la embocadura del Meschacé hasta su union con el Ohío. Por la ribera occidental se descubren sábanas (1), cuyo término no alcanza la vista: sus olas de verdura, al apartarse parece que quieren subirse al azulado cielo, donde desaparecen. En estas praderas sin límites, se ven pastando á la ventura manadas de tres ó cuatro mil búfalos monteses. Alguna vez un bisonte agobiado de años, atraviesa á nado la corriente, y va á recostarse entre la crecida yerba de una isla del

1 Este nombre se da en las colonias francesas de la América, á los terrenos incultos donde pacen los animales.

Meschacebé. Al ver su frente coronada de dos medias lunas, al ver su barba prosecta y encenegada, creeriais que se os presentaba la deidad bramadora del rio, mirando con vista satisfecha la magnificencia de sus ondas, y la silvestre abundancia de sus riberas.

Tal es la escena que se presenta á la orilla occidental: la del lado opuesto, cambiando de improviso, forma un admirable contraste. Árboles de todas formas, de todos colores y perfumes, se mezclan, y creciendo juntos suben á una elevacion que fatiga la vista, ya suspendidos sobre la corriente de las aguas, ya agrupados sobre los peñascos, ó ya dispersos en los anchurosos valles. La vid silvestre, la bignonia y la coloquintida, entretegidas al pie de estos árboles, trepan hasta la punta de sus ramas, pasan del arce al tulipan, del tulipan al alcea, formando mil grutas, mil bóvedas y otros tantos pórticos. Muchas veces estas lianas perdidas

de un árbol á otro, atraviesan los brazos del rio, formando sobre ellos puentes y arcos de flores. Del seno de estas masas embalsamadas, la altiva magnolia levanta su cono inmóvil, que coronado de blancas rosas señorea todo el bosque, sin reconocer otro rival que la palma, cuyos verdes abanicos se mecen suavemente á su lado.

Una multitud de animales, colocados por el Criador en este hermoso retiro, difunde en él la vida y el encanto. Desde el extremo de las calles de árboles se ven los osos, que embriagados con la uva andan cayendo sobre los olmos: los castores se bañan á manadas en un lago: las negras ardillas juegan entre la espesura de las hojas: pájaros burlones, palomas de Virginia del tamaño de un gorrion, se bajan á los céspedes sembrados de fresas: papayos verdes de cabeza amarilla, cotorras purpúreas, y cardenales de color de fuego, trepan dando vueltas hasta lo

alto de los cipreses; los colibrís centellean sobre el jazmin de las Floridas, y las serpientes silban suspendidas en las cimas de los árboles, meciéndose como lianas.

Si en las sábanas de la ribera opuesta todo es silencio y reposo, en esta por el contrario, todo es movimiento y ruido. Los desiertos se llenan de la silvestre armonía, que forman los picazos de las aves en el tronco de las encinas; los animales que corren y machacan entre sus dientes los huesos de las frutas; el susurro de las aguas, los hondos gemidos y los suaves arrullos. Pero cuando un vientecillo anima estas soledades, mece todos estos cuerpos flotantes, confunde todas estas masas de blanco, azul, verde y rosa, mezcla todos estos colores, y reúne todo este estrépito; entonces sale del centro de estos bosques tal ruido, se presentan á la vista tales escenas, que en vano sería quererlas describir, para



quien no ha recorrido estos campos primitivos de la naturaleza.

Despues del descubrimiento del Meschacebé por el P. Hennepin y por el desgraciado La-Salle, los franceses, que primero fijaron su domicilio en Biloxi y Nueva-Orleans, hicieron alianza con los natches, nacion indiana, cuyo poder era temible en estas regiones. Injusticias particulares, la venganza, el amor y todas las pasiones, regaron de sangre muy pronto la morada de la hospitalidad. Entre los salvages habia uno llamado Cháctas (1), que por su edad, sabiduría y ciencia en las cosas de la vida, era el amor y el patriarca de los desiertos. Como todos los hombres, habia comprado la virtud á fuerza de infortunios. Sus desdichas no sólo llenaron aquellos bosques, sino que cundieron hasta las costas de Francia. Detenido en las galeras de Marsella por

1 La voz armoniosa.

una injusticia cruel, recobrada la libertad, y presentado en la córte de Luis XIV, habia tratado con los grandes hombres de aquel famoso siglo, asistido á las fiestas de Versálles, á las tragedias de Racine y á los discursos de Bossuet; en una palabra, allí fue donde contempló la sociedad en su mas alto grado de esplendor.

Vuelto al seno de su patria despues de muchos años, Cháctas vivia tranquilo. Sin embargo, el cielo le vendió caro este favor, pues habia perdido la vista. Una hija jóven le acompañaba en la soledad, así como Antígone guiaba los pasos de Edipo en el Citeron, ó como Malvina conducia á Ossian al sepulcro de sus padres.

Cháctas estimaba á los franceses, á pesar de las muchas injusticias que le habian hecho. Acordándose constantemente de Fenelon, de quien habia sido huésped, deseaba servir en algo á los compatriotas de este hombre virtuoso



y se le presentó una ocasión favorable. Impelido de sus pasiones y desgracias, un francés llamado René arribó á la Luisiana en 1725, subió el Meschacebé hasta Natches, y pidió que le admitiesen por soldado de esta nación. Cháctas habiéndole examinado, y viéndole firme en su resolución, le adopta por hijo, y le da por esposa una india llamada Celuta. Poco despues de este casamiento, se disponen los indios para la gran cacería del castor.

Cháctas, aunque ciego, es elegido por el consejo de los sachems (1) para mandar la expedición, por el respeto que los pueblos de los bosques tributan á su nombre. Los agoreros interpretan los sueños; se consulta á los Manitús; se ofrecen sacrificios de petum; se queman trozos de lengua de danta; se examina si chispean en el fuego, á fin de explorar la voluntad de los Genios; y

1 Ancianos ó consejeros.

se emprende en fin la marcha , despues de haber comido el perro sagrado. René es tambien de la comitiva : ayudadas de las opuestas corrientes , las piraguas suben por el Meschacebé , y ganan el cauce del Ohío : la estacion era la del otoño. Los magníficos desiertos de Kentuki , se desplegan á la vista del jóven frances , que una noche al resplandor de la luna , cuando todos reposan en sus piraguas , y la flota indiana impelida de un ligero viento va prosiguiendo su camino , queda despierto con Cháctas , y le ruega que le refiera sus aventuras.

El anciano consiente en darle gusto , y sentados los dos en la popa de la piragua , al ruido del agua y en medio de la soledad , habla de esta manera.



NARRACION.

LOS CAZADORES.

DESTINO singular es , hijo mio, el que nos reune en el desierto. Yo veo en tí el hombre civilizado, que se ha hecho salvage ; y tú ves en mí el hombre de las selvas , á quien el Gran Espiritu ha querido civilizar , sin duda por sus designios. Habiendo entrado en la carrera de la vida por rumbos opuestos, tú has venido á descansar en el lugar mio , y yo fuí á ocupar el tuyo ; de modo que necesariamente hemos debido tener sobre este punto miras del todo contrarias. Y ¿quién de nosotros es el que ha ganado ó perdido en mudar de posicion? Este conocimiento está reservado á los Genios, de los cuales el que menos sabe, escede en sabiduría á todos los hombres juntos.

Á la próxima luna de las flores (1) se habrá visto la tierra cubierta de nieve setenta y tres veces (2), desde que mi madre me dió á luz en las riberas del Meschacebé. Los españoles acababan de establecerse en la bahía de Panzacola, pero aun no habitaba en la Luisiana blanco alguno. Apenas hube visto caer las hojas de los árboles diez y siete veces, cuando en compañía de mi padre el guerrero Utalissi, emprendí la marcha contra los muscogulgos, nacion poderosa de las Floridas. Reunímonos á nuestros aliados los españoles, y se trabó el combate sobre uno de los brazos de Mobila. Areskui (3) y los Manitús no nos fueron propicios; triunfaron los enemigos, mi padre perdió la vida en la accion, y yo recibí dos heridas defendiéndole. ¡Que no hubiese bajado

-
- 1 El mes de Mayo.
 - 2 Una nieve por año.
 - 3 Dios de la guerra.



yo tambien al pais de las almas (1), para evitar así las desgracias que me aguardaban sobre la tierra! Mas los Genios lo ordenaron de otro modo, y el tropel de los fugitivos me arrastró á San Agustin.

En esta ciudad recién fabricada por los españoles, estaba espuesto al riesgo de ser conducido á las minas de Méjico, cuando un anciano de aquella nacion llamado Lopez, movido de mi juventud y sencillez, me ofreció un asilo, y me presentó á su hermana con quien vivia, sin esposa.

En ambos se despertaron hácia mi los mas tiernos sentimientos: educáronme con el mayor esmero, y me dieron maestros de todas clases. Pero habiendo pasado treinta lunas en San Agustin, me sentia fastidiado de la vida social. Me estenuaba visiblemente; y unas veces inmóvil horas enteras, estaba

1 Los infiernos.

contemplando la cima de los lejanos bosques; otras me encontraban sentado cerca del agua, que veía correr tristemente. Representábame las selvas, por cuyo centro habian discurrido estas aguas, y mi alma se entregaba del todo á la soledad. Sin poder resistir al deseo de volver al desierto, una mañana me presenté á Lopez vestido de salvaje, el arco y las flechas en la una mano y los vestidos europeos en la otra. Devolvílos á mi generoso protector, á cuyos pies me arrojé deramando un torrente de lágrimas. Me dí á mí mismo los nombres mas odiosos, y me acusé de ingrato, pero al fin le dije: «Tú mismo lo estás viendo, padre mio; yo moriré, si no vuelvo á la vida errante de indio.»

Admirado Lopez quiso apartarme de tal resolucion, representando los riesgos que me cercarian, esponiéndome de nuevo á caer en manos de los muscogulgos. Mas viéndome resuelto á

arrostrarlo todo, anegado tambien en lágrimas, y estrechándome entre sus brazos: «Ve, exclamó, hijo magnánimo de la naturaleza, recobra esa preciosa independendencia de que Lopez no quiere despojarte. Yo mismo si fuese mas jóven, te acompañaría al desierto (donde tambien existen para mí dulces recuerdos), y te volvería á los brazos de tu madre. Cuando estés en los bosques, acuérdate de este anciano español, que te ha dado hospitalidad; y para inclinarte al amor de tus semejantes, jamas olvides que el primer ensayo que has hecho del corazon humano ha sido todo en su favor.» Concluyó Lopez con una oracion al Dios de los cristianos, cuya religion habia yo rehusado abrazar, y nos despedimos con sollozos.

No tardé en ser castigado por mi ingratitude. Mi poca esperiencia me extravió en el bosque, y fui apresado por una partida de muscogulgos, segun Lo-

pez me habia predicho. Por el trage y plumas de mi cabeza conocieron que era natche, y me encadenaron, aunque sin rigor, á causa de mi juventud. Simaghan, gefe de la partida, quiso saber mi nombre, y respondí: «Me llamo Cháctas, hijo de Utalissi, hijo de Miscú, los cuales han quitado mas de cien cabelleras á los héroes muscogulgos.» Simaghan me dijo: «Alégrate hijo de Utalissi, hijo de Miscú, pues serás quemado en el gran pueblo.» «Está bien,» repliqué, y entoné mi cancion de muerte.

Durante los primeros dias, á pesar de ser prisionero, no pude menos de admirar á mis enemigos. El muscogulgo, ó mas bien el siminol su aliado, respira la alegría, el amor, el contento: su andar es desembarazado, su trato franco y sincero. Habla mucho y con soltura, su lenguaje es armonioso y fácil, y ni aun la edad puede quitar á los ancianos su alegre sencii-

llez; y como las antiguas aves del desierto, mezclan los cantares de su juventud con las arias nuevas de sus nietos.

Mi juventud escitaba una tierna compasion y una amable curiosidad en las mugeres que seguian las tropas. Me hacian preguntas relativas á mi madre, y á los primeros dias de mi vida; querian saber si mi cuna de musgo colgaba en las floridas ramas de los arces, y si el viento la mecia junto al nido de los pajarillos. Otras veces, deseosas de inquirir el estado de mi corazon, me preguntaban si por ventura habia visto en sueños una cierva blanca, y si los árboles del bosque secreto me habian aconsejado que amase. Yo respondia con ingenuidad á las doncellas y á las que eran ya esposas, diciéndolas: « Vosotras sois las gracias del dia, y la noche os ama como al rocío. El hombre sale de vuestro seno para chupar vuestro pecho, y acercarse á vuestra

boca: teneis espresiones mágicas, que adormecen toda especie de dolores. ¡Esto me dijo la que me dió á luz, y la que jamas volverá á verme! Tambien decia, que las vírgenes eran flores misteriosas, que se encuentran en parages solitarios.» Estos elogios agradaban no poco á las mugeres, que me colmaban de dones, me traían crema de nueces, azúcar de arce, sagamita (1), jamones de oso, pieles de castor, conchas para adornarme, y musgo para mi lecho. Cantaban y reían conmigo, y se ponian á llorar al acordarse que habia de ser quemado.

Una noche sentado junto á la hoguera con el soldado que me guardaba, sientto de repente el ruido de una vestidura sobre la yerba, y una muger medio cubierta de un velo se sienta á mi lado. Sus ojos estaban agitados del llanto, y en su pecho brillaba al res-

1 Especie de pasta



plandor del fuego un Crucifijo de oro. Era perfectamente hermosa, y en su rostro se veía un no sé qué de virtuoso é interesante, que encerraba un atractivo irresistible. Á esto añadía gracias aun mas tiernas: en sus miradas respiraba una extrema sensibilidad, unida á una profunda melancolía, y su sonrisa era celestial.

Túvela por la *vírgen de los postremos amores*, esa doncella que envian al prisionero de guerra para encantar su tumba. Bajo de este concepto, le dije con voz balbuciente y una turbacion que no nacia del temor á la hoguera: « Vos, vírgen, sois digna de los primeros amores: no, no estais criada para los postreros. Los latidos de un corazon, que dentro de poco ya no respirará, mal corresponderian á los movimientos del vuestro. Y ¿cómo ha de mezclarse la muerte con la vida? Vos hariais que me pesase demasiado el perder la existencia: sea otro mas

dichoso, y prolongados abrazos estrechen la liana y la encina.»

Entonces me dijo ella: «No soy la vírgen de los postreros amores: ¿eres tú cristiano?» Le respondí que no habia abandonado los Genios de mi cabaña. Á estas palabras hizo un movimiento involuntario, diciendo: «Tengo sentimiento de que seas idólatra: mi madre me hizo cristiana; me llamo Atala, hija de Simaghan el de los braceletes de oro, gefe de estas tropas que vuelven á Apalachucla, donde has de ser quemado.» Al pronunciar estas palabras, se levantó y partió. — Aquí Cháctas se vió precisado á interrumpir su narracion, pues acumulándose sobre su alma mil recuerdos, salieron de sus cerrados ojos dos fuentes de lágrimas, que caían por sus marchitas mejillas á la manera que dos manantiales, ocultos en la profunda noche de la tierra, se descubren por las aguas que van filtrando entre las rocas. — Hijo mio,

prosiguió diciendo: ya ves que Cháctas es muy poco sábio, á pesar de su reputacion. ¡Ay, mi querido hijo! los hombres aun cuando no pueden ver, pueden todavía llorar. Pasáronse muchos dias, y la hija del sachem venia todas las noches á hablarme junto á la hoguera. El sueño habia huido de mis ojos, y Atala estaba en mi corazon tan grabada, como el recuerdo de la casa de mis padres.

Al décimo séptimo dia de marcha, hácia el tiempo en que sale de las aguas la mosca pasagera, pisamos la gran sábana Alachua, cercada de collados, que huyendo unos de otros y elevándose hasta las nubes, están cubiertos de bosques frondosos, de graderías de copaibas, limones, magnolias y verdes encinas. El gefe dió el grito de llegada, y las tropas acamparon al pie de las colinas. Á mí me retiraron á alguna distancia, junto á uno de los *pozos naturales*, tan famosos en las

Floridas. Atado al pie de un árbol, un soldado velaba siempre impaciente en mi guarda. Apenas estaba algunos instantes en este sitio, cuando Atala apareció sobre los estoraques de la fuente. «Cazador, dijo al héroe muscogulgo, si quieres perseguir los machos monteses, yo quedaré guardando al prisionero.» El soldado salta de gozo á esta espresion de la hija de su gefe, y bajando por la colina se adelanta hácia la llanura.

¡Oh estraña condicion del corazon humano! Yo que deseaba decir los secretos del misterio á la que ya amaba como al sol, ahora turbado y confuso, casi prefiriria ser arrojado á los cocodrilos de la fuente, al verme solo de esta manera con Atala. La guarda del hombre del desierto estaba tan turbada como el prisionero: el silencio sellaba nuestros labios, porque los Genios del amor nos habian dejado sin palabras. Al fin haciendo un esfuerzo, la hija del

belicoso Simaghan habló así: «Soldado: estás débilmente aprisionado, y con facilidad puedes lograr tu fuga.» Estas palabras volvieron la fuerza á mi lengua, y respondí: «Muger, ¡débilmente aprisionado!....» y no supe como acabar. Atala dudosa algunos momentos dijo: «Sálvate:» y me desató del tronco del árbol. Yo recogí la cuerda, y la puse en las manos de la estrangera, obligándola á que sus hermosos dedos estrechasen mi cadena. «Tomadla, exclamé, tomadla.» «Eres un insensato, dijo Atala, con voz perturbada: ¿no sabes que han de quemarte, desdichado? ¿qué es lo que intentas? ¿No reflexionas que soy la hija de un terrible sachem?» «Hubo un tiempo, repliqué llorando, en que tambien mi madre me llevaba sobre sus espaldas en una piel de castor. Mi padre poseía tambien una hermosa choza, y sus machos monteses bebían el agua de mil arroyos: mas ahora errante no tengo patria. Cuando ya no exista,

no habrá siquiera un amigo que coloque sobre mi cuerpo un poco de yerba para libertarlo de los insectos: el cadáver de un extranjero desgraciado á nadie interesa.»

Estas palabras enternecieron á Atala, y sus lágrimas bajaron á unirse con el agua de la fuente. « ¡Ah, añadí con energía, si vuestro corazón hablase como el mio! ¿El desierto no es libre? ¿en su verdoso adorno no tienen los bosques sitios á propósito para acultarnos? ¿Tanto se necesita para que sean dichosos los hijos de las cabañas? ¡Oh muger, mas hermosa que el primer sueño del esposo! querida mia, determinate á seguir mis pasos en la soledad.» Estas fueron mis palabras, á que Atala respondió con voz tierna: « Mi jóven amigo, tú has aprendido el lenguaje de los blancos, ¡y es tan fácil engañar á una india!» « ¡Por qué, exclamé, me llamas tu jóven amigo! ¡Ah! si un pobre esclavo....» « Bien, dijo in-

clinándose hácia mí, un pobre esclavo....» Díjela con vehemencia: «Dame una sola muestra de tu fe con un ósculo.» Atala escuchó mi súplica; y como un cervatillo parece estar pendiente de las flores de lianas, que ha asido con su delicada lengua en lo escarpado del monte, así quedé yo pendiente de los labios de mi querida.

¡Ay hijo, la dicha no dista mucho del infortunio! ¿Quién podría creer que el momento en que Atala me daba la primer prenda de su amor, fuera el mismo que eligiese para hundir el puñal en mi pecho? ¡Blancos cabellos del anciano Cháctas, cuál fue vuestro asombro, al oír pronunciar estas palabras á la hija del desierto! «Hermoso prisionero, yo he cedido locamente á tu deseo; pero ¿á dónde nos conducirá esta prision naciente? Mi religion me separa para siempre de tí. ¿Madre mia, qué hiciste?» Atala calló de repente, y contuvo no sé qué fatal secreto que iba á

salir de su boca. Sus palabras me sumergieron en una desesperacion tanto mas profunda, cuanto habia sido mas viva mi esperanza. «Está bien, exclamé: he de igualarte en crueldad; no esperes que huya: tus ojos me verán en el recinto del fuego, tu oido escuchará el rechinar de mis miembros, y tu corazon se llenará de alegría.» Atala estrecha mis manos con las suyas exclamando: «¡Pobre idólatra, verdaderamente me causas compasion! ¿Quieres que llore todo mi corazon? ¿Qué lástima no poder huir contigo! El seno de tu madre, Atala, ha sido desgraciado: ¿por qué no te arrojas al cocodrilo de esa fuente?»

En aquel momento empezaban á escucharse los rugidos de los cocodrilos al ponerse el sol, y Atala me dijo: «Dejemos esta negra gruta.» Y yo conduje á la hija de Simaghan al pie de los collados, que formaban golfos de verdura, adelantando sus promontorios hácia

la sábana. En el desierto todo reposaba, todo era magnífico, melancólico y solitario. La cigüeña gritaba desde su nido, los bosques resonaban con el canto monótono de las codornices, el silbido de los papagayos, el bramido de los bisontes, y el relincho de las yeguas simiñoles.

Nuestro pasco fue silencioso: Atala caminaba á mi lado, teniendo asida la punta de la cuerda que le obligué á tomar. Alguna vez nuestros ojos derramaban lágrimas; ya buscábamos una sonrisa, ya una mirada, que al instante se fijaba en el cielo ó se clavaba en la tierra. Un oído atento al canto de los pajarillos, un ademán hácia el Occidente, una mano estrechada con ternura, un pecho ya palpitante, ya tranquilo; los nombres de Cháctas y de Atala dulcemente repetidos por intervalos.... ¡Oh primer paseo del amor dado con Atala en el desierto! ¡Muy poderoso debe ser tu recuerdo, cuando despues de tantos

años de infortunio, conmueves todavía el corazón del anciano Cháctas!

¡Cuán incomprensible es un corazón agitado por las pasiones! Por volver á ser libre, acababa de abandonar al generoso Lopez, y de esponerme á riesgos sin límite: las miradas de una muger trastornan en un instante mis inclinaciones, mis propósitos y mis ideas, olvidando á mi país, mi madre, mi cabaña, y aun la horrible muerte que me aguardaba: me sentia indiferente á todo lo que no fuese Atala. Sin valor para elevarme á la razon de hombre, habia caido repentinamente en una especie de infancia; y lejos de hacer por mí mismo cosa alguna, casi necesitaba que cuidasen de mi descanso y de mi alimento.

Despues de recorrer la sábana, arrojándose Atala á mis pies, me suplicó de nuevo que huyese; pero fue en vano, pues le protesté que yo mismo me volveria al campo, si rehusaba atarme otra

vez al pie del árbol. Así se vió precisada á ceder á mi ruego, esperando convencerme en otra ocasion.

Al dia siguiente á este que decidió el destino de mi vida, las tropas hicieron alto en un valle poco distante de Cuscowilla, capital de los siminoles, indios que unidos á los muscogulgos, forman con ellos la confederacion de los creeks. Á la media noche vino á buscarme la hija del pais de las palmas, y me condujo á un bosque de pinos, donde renovó sus ruegos para obligarme á que huyese. Sin responderle una palabra, estrecho su mano con la mia, y obligo á esta cervatilla conmovida á recorrer conmigo todo el bosque. La noche era deliciosa: el Genio de los vientos sacudia sus azules cabellos embalsamados en la fragancia de los pinos, y se respiraba el suave olor del ámbar, que exhalaban los cocodrilos recostados bajo los tamarindos de los rios. La luna brillaba en medio de un campo azul sin

mancha, y su luz gris-de-plata fluctuaba sobre la incierta cima de los bosques: no se percibía otro ruido, que una lejana armonía que reinaba en lo profundo del bosque; podía decirse que el alma de la soledad sollozaba en toda la estension del desierto.

Por entre los árboles vemos un joven, que con una antorcha en la mano se parecía al Genio de la primavera, recorriendo los bosques para reanimar la naturaleza. Era un amante que iba á saber su suerte á la cabaña de su querida. Si la doncella apagaba la antorcha, era señal de aceptar el esposo: si se cubría sin apagarla, desechaba los deseos ofrecidos. El guerrero deslizándose por entre las sombras, cantaba (así) á media voz:

«Al rayar el dia ya estaré yo en la cima del monte, para sorprender á mi paloma solitaria sobre las ramas del bosque.»



«He prendido á su garganta un collar de porcelanas (1), que tiene ensartados tres granos rojos para mi amor, tres morados para mis temores, y tres azules para mis esperanzas.»

«Mila tiene los ojos de un armiño, y la cabellera como un campo de arroz: su boca es una concha de rosa guarnecida de perlas: sus dos pechos como dos cabritillos sin mancha, nacidos en un dia de una misma madre.»

«¡Ojalá apague Mila esta antorcha, y su boca derrame sobre ella una sombra deliciosa! Yo fecundaré su seno: de su materno pecho penderá la esperanza de la patria, y sobre la cuna de mi hijo fumaré en mi calumet (2) de paz.»

«Al rayar el dia ya estaré yo en la cima del monte, para sorprender á mi paloma solitaria sobre las ramas del bosque.»

1 Especie de conchitas.

2 Idem de pipa.

Así cantaba el jóven, cuyos ^{Sus}acentos penetraron de turbacion mi alma, y alteraron el rostro de Atala; pero de esta escena nos distrajo otra no menos peligrosa para nosotros. Pasábamos junto al sepulcro de un niño, que en la soledad servia de límite á dos naciones, y estaba colocado, segun costumbre, á la orilla del camino público, para que las jóvenes al ir á la fuente, pudiesen atraer á su seno el alma de la inocente criatura, para devolverla á su patria. En aquel momento estaban allí algunas recién casadas, que anhelando las dulzuras de la maternidad, y entreabriendo sus labios, querian recoger el alma del niño, que se figuraban ver vagar por entre las flores. Todas hicieron lugar á la verdadera madre, que dejando sobre el sepulcro un hacesito de maiz y blancos lirios, regó el suelo con su leche; y sentándose despues en el húmedo césped, dijo á su hijo con voz enternecida:



« ¿Por qué te lloraria yo , recién nacido mio , en tu cuna de barro ? Cuando el pajarito crece , es preciso que busque el alimento , y en el desierto encuentra bastantes granos amargos. Al menos tú no has conocido las lágrimas: tu corazon no ha estado espuesto al soplo devorador de los hombres. El boton que se seca antes de abrir su capullo , pasa con toda su fragancia , como tú , hijo mio , con toda tu inocencia. ¡ Dichosos los que mueren en la cuna , sin conocer mas que los besos y caricias de su madre ! »

Cediendo en fin á nuestro corazon , nos oprimieron estas imágenes de amor y maternidad , que la noche seguia representándonos en la deliciosa soledad , para mayor confusion nuestra. Mis brazos condujeron á Atala al centro de los bosques , y le dije cosas que en vano querria ahora que repitiesen mis labios. El viento de Mediodía , querido hijo , pierde su ardor al pasar por valles cu-

biertos de hielo; y los recuerdos del amor en el corazón de un anciano, son como el fuego del astro del día reflejados por el apacible disco de la luna, cuando el sol se ha ocultado, y reina la melancolía en las chozas de los salvajes.

¿Quién podía salvar á Atala, quién libertarla de ceder á la naturaleza? Solamente un milagro, y éste se verificó. La hija de Simaghan recurrió al Dios de los cristianos, y arrodillada en tierra hizo una fervorosa oracion, dirigida á su Madre, á la reina de las vírgenes. Desde este momento, René, concebí una idea maravillosa de esta religion, que en los bosques y en medio de todas las privaciones de la vida, pudo colmar de mil bienes á dos desgraciados: de esta religion, que con sólo oponer su poder al torrente impetuoso de las pasiones, basta para vencer las inclinaciones mas fogosas, aun cuando las favorece el secreto del bos-

que , la ausencia de los hombres y el silencio de las sombras. ¡Ah, qué divina me pareció la simple salvaje , la sencilla Atala! que de rodillas delante de un pino derribado, como si fuera un altar, por entre las cimas de los árboles dirigia á Dios sus ruegos por un amante idólatra. Sus ojos levantados hácia el astro de la noche, sus mejillas brillantes con las lágrimas de la religion y del amor, estaban bañadas de una belleza inmortal. Muchas veces me pareció que iba á alzar el vuelo hácia los cielos: me figuré ver bajar sobre los rayos de la luna, y escuchar entre las ramas de los árboles, á esos Genios que el Dios de los cristianos envia á los ermitaños de los desiertos , cuando desea llamarlos á sí; y me entristecia al pensar que Atala no podia vivir mucho tiempo sobre la tierra.

Entre tanto derramaba ella tantas lágrimas, se me mostraba en tal colmo de desgracia, que acaso iba á consen-

tir en separarme, cuando resonó en el bosque el grito de muerte, y se arrojaron sobre mí cuatro hombres armados: habíamos sido descubiertos, y dado orden el gefe de la guerra para que nos persiguiesen.

Atala, semejante á una reina en su magestuoso ademan, desdeñó el hablar á estos soldados. Miróles con altivo desden, y se dirigió en busca de su padre.

Nada pudo lograr de él: mis guardas se doblaron, multiplicáronse mis cadenas, y separaron á mi amante. Cinco noches pasaron hasta que divisamos á Apalachucla, situada sobre la ribera del rio Chata-Uche. Al instante me coronan de flores, me pintan el rostro de azul y bermellon, me cuelgan perlas en nariz y orejas, y ponen en mi mano un chichicué (1).

Adornado así para el sacrificio, en-

1 Instrumento músico de los salvages.

tré en Apalachucla entre la algazara de la tropa. Pocos instantes me restaban de vida, cuando de repente suena un caracol, y el mico ó gefe de la nacion ordena que se junte el consejo.

Ya sabes, hijo mio, los tormentos que los salvages hacen sufrir á los prisioneros de guerra. Los misioneros cristianos, á riesgo de su vida y con una caridad infatigable, habian llegado á introducir en muchas naciones una esclavitud bastante suave en lugar de los horrores de la hoguera. Los muscogulgos no habian adoptado aun esta costumbre; pero se habia declarado por ella un partido numeroso. El mico convocaba á los sachems para este importante negocio; y yo fuí tambien conducido al sitio de las deliberaciones.

En un cerro aislado á corta distancia de Apalachucla, se levantaba el pabellon para el consejo. Tres órdenes de columnas de cipres labrado y esculpido, formaban la elegante arquitectura

de esta rotunda: su altura y diámetro se aumentaban, á medida que disminuyendo en número se acercaban al centro, sostenido por un solo pilar. De sus remates salían unas fajas de corteza de árboles, que pasando por encima de las demas columnas, cubrían el pabellon en forma de abanico caído.

El consejo se junta: cincuenta ancianos con soberbios mantos de castor, se colocan en aquella especie de gradearías, de frente á la puerta del pabellon. El gran gefe sentado en el centro, tiene en su mano el calumet de paz, medio pintado para la guerra. Á la derecha de los ancianos se sientan cincuenta mugeres, cubiertas de una vestidura ondeada de plumas de cisne. Los gefes de la guerra con el tomahawak en la mano, el penacho sobre la cabeza, las manos y el pecho teñidas en sangre, toman la izquierda de los padres de la patria.



Al pie de la columna central arde el fuego del consejo. El primer agorero rodeado de ocho guardas del templo, vestido de ropa talar, y llevando un buho atado sobre la cabeza, derrama en la llama el bálsamo de copaiba, y ofrece un sacrificio al sol. Las tres clases de ancianos, matronas y guerreros, los sacerdotes, las nubes de incienso y el sacrificio; todo daba á este consejo salvaje una ostentacion extraordinaria y pomposa.

Yo estaba encadenado en medio de todos. Concluido el sacrificio, el mico toma la palabra, espone con sencillez el motivo por que ha hecho reunir el consejo, y arroja un collar azul en medio del salon, en prueba de lo que ha dicho.

Entonces se levanta un sachem de la tribu del águila, y habla así:

«Mico, padre mio; sachems, matronas, guerreros de las cuatro tribus del águila, del castor, de la serpiente

y de la tortuga, no alteremos en nada las costumbres de nuestros abuelos: quememos al prisionero, y no afeminemos nuestro valor: se os propone una costumbre de los blancos, y no puede dejar de seros perniciosa. Dadme un collar rojo que contenga mis palabras. He dicho.» Entónces arrojó un collar rojo en la asamblea.

Una matrona se levanta, y dice:

«Padre mio el águila; vos teneis la penetracion de un raposo, y la prudente lentitud de una tortuga. Quiero ilustrar la cadena de amistad, que hay entre vos y entre mí, para plantar el árbol de la paz. Pero alteremos las costumbres de nuestros abuelos en cuanto sean funestas: tengamos esclavos que cultiven nuestros campos; pero no lleguen mas á nuestro oido los gritos del prisionero, que estremecen las entrañas de las madres. He dicho.»

Á la manera que con la tempestad se estrellan unas con otras las olas



del mar; que en el otoño son arrebatadas por el torbellino las hojas secas de los árboles, y las cañas del Meschacé caen y se levantan en una inundación repentina; y del mismo modo que brama una gran manada de ciervos en el centro del bosque; así se agitaba y murmuraba el consejo. Sachems, soldados, matronas, todos hablan sucesivamente y á un tiempo mismo. Los intereses se encuentran, las opiniones se dividen, y la asamblea va á disolverse. Mas al fin triunfa el antiguo uso, y se decide que el prisionero sea quemado con los tormentos de costumbre.

Retardó mi suplicio la circunstancia de estar próxima la *fiesta de los difuntos*, ó el *festin de las almas*: era uso no matar cautivo alguno durante los dias consagrados á esta gran ceremonia. Mi custodia se encargó á una guardia rigurosa, y sin duda los sachems alejaron á la hija del Simaghan, porque no volví á verla.

Entre tanto iban reuniéndose, para celebrar el festin de las almas, naciones de mas de trescientas leguas en contorno. Se habia levantado una gran choza en un sitio desviado del desierto. El dia señalado, cada cabaña desenterró de los sepulcros particulares los restos de sus padres, y colgaron los esqueletos por orden y por familias en las paredes de la *sala comun de los abuelos*. Habian elegido cabalmente el momento de una tempestad; y los vientos, los bosques, las cataratas bramaban por fuera, en tanto que ancianos de diferentes naciones ajustaban entre sí tratados de comercio, de paz y de alianza sobre los huesos de sus padres.

Celébranse los juegos fúnebres de la carrera, la pelota y las tabas. Dos doncellas juegan á arrebatarse una varita de sauce, sus senos se estrechan, sus bocas se encuentran, y sus manos dan vueltas al rededor de la varita levantada sobre sus cabezas. Se entre-

lazan sus hermosos y desnudos pies, sus alientos se confunden, se inclinan y juntan sus cabelleras: en seguida miran á sus madres, el rubor (1) sonrosea sus mejillas, y el concurso las aplaude. El agorero invoca á Michabú, genio de las aguas: refiere las guerras de la gran liebre contra Kitchimanitú, dios del mal. Canta al primer hombre y á la hermosa Atahensica, la primera muger, arrojados del cielo por haber perdido la inocencia: á la tierra manchada con la sangre fraternal: al impío Juskeka inmolando al justo Tahuitsaron: al diluvio cayendo á la voz del Grande Espíritu: á Massú, que se salvó solo en su canoa de corteza, y al cuervo enviado para descubrir la tierra. Cantó tambien á la hermosa Endac, sacada de la morada de las almas por las dulces canciones de su esposo.

Concluidos estos juegos y cánticos,

1 El rubor es muy conocido entre las jóvenes salvages.

se trata de dar eterna sepultura á los abuelos. En las riberas del rio Chata-Uche, se veía una higuera silvestre consagrada por el culto de los pueblos. Las doncellas acostumbraban lavar en este sitio sus vestidos de corteza, y tenderlos al soplo del desierto sobre las ramas del añoso árbol: y en este mismo lugar habian cavado un espaciosísimo sepulcro. Salen del salon fúnebre entonando el himno de muerte; cada familia lleva algun pedazo sagrado, y hasta los niños mas tiernos van cargados con los huesos de sus padres. Cuando esta procesion solemne llega á la tumba, van bajando á ella las reliquias; las extienden á capas; las separan con pieles de osos y de castores; se levanta el monte del sepulcro, y se planta el árbol del llanto y del sueño.

Compadezcamos á los hombres, querido hijo: estos mismos indios, cuyas costumbres son tan interesantes, las mismas mugeres, que me habian ma-



nifestado una compasion tan viva , pedian ahora en altas voces mi suplicio; y retardaban su partida naciones enteras , por disfrutar el placer de ver sufrir tormentos espantosos á un jóven desventurado.

En un valle situado hácia el Norte, á corta distancia del gran Pueblo , se levanta un bosque sombrío de cipreses y pinos , llamado el *bosque de la sangre*. Para llegar á él se atraviesa por las ruinas de un antiguo monumento , edificado en el desierto por un pueblo desconocido. En el centro del bosque se forma un vasto circo , donde son sacrificados los prisioneros de guerra , y al cual fuí conducido en triunfo : todo se apresta para mi muerte; se planta el pilar de Areskui; los pinos, los olmos, los añosos cipreses caen al golpe de la segur , y se levanta la pira; los espectadores forman anfiteatros con ramas y troncos de árboles; cada uno inventa su suplicio: quién se propone arran-

carme la piel del cráneo, quién abrasarme los ojos con teas encendidas, y yo principio mi canción de muerte.

«No temo los tormentos, muscogulgos; tengo valor, os desafío y desprecio mas que si fuerais mugeres: mi padre el famoso Utalissi, hijo de Mis-cú, ha bebido en el cráneo de vuestros mas famosos guerreros: no, no esperéis arrancar de mi corazón un solo suspiro.»

Irritado con mi canción un soldado, me hiere el brazo con una flecha, y le digo: «Hermano, te doy las gracias.»

A pesar de la actividad de los verdugos, los preparativos del suplicio no pudieron concluirse antes de ponerse el sol. Consultóse al agorero, y habiendo éste prohibido que se inquietase el silencio de los Genios de las sombras, mi muerte se difirió hasta el día siguiente. Con la impaciencia de disfru-

tar del espectáculo, y para estar mas pronto al tiempo de salir la aurora, nadie dejó el bosque de la sangre. Encendiéronse hogueras, y principiaron los festines y danzas.

Á mí entre tanto me tendieron de espaldas en el suelo: las ataduras que ligaban mi cuello, mis pies y brazos, se reunian en unas estacas clavadas á alguna distancia. Habia soldados recostados sobre estas ataduras, y no era posible moverme sin que lo advirtiesen. Adelantándose la noche, las canciones y danzas cesan por grados: las hogueras no despiden sino una llama bermeja, á cuyo resplandor se distinguen aun las sombras de algunos salvajes errantes. Al fin todo reposa: á medida que cesa el ruido de los hombres, crece el del desierto; y al tumulto de las voces, suceden en los bosques los silbidos del viento.

Era la hora en que la jóven salvaje que acaba de ser madre, se levanta so-

bre saltada, porque cree oír los gritos de su recién nacido pidiéndole el dulce sustento. Estaba yo haciendo reflexiones sobre mi destino con los ojos clavados en el cielo, donde la luna vagaba entre las nubes. Atala debía representarse como un monstruo de ingratitude, al que se había entregado á las llamas antes que dejarla.... ¡Abandonarme en el momento de mi suplicio!.... Sin embargo, sentia que la amaba aun, y que moria alegre por ella.

En los excesivos placeres hay un aguijon que nos punza, para avisarnos que aprovechemos un corto instante: en los grandes dolores al contrario, hay no sé qué peso que nos aletarga: los ojos cansados de llorar se cierran naturalmente; y así hasta en los infortunios se hace sentir la mano de la Providencia. Por último cedí al pesado sueño, que alguna vez prueban los desventurados. Soñaba que desataban mis ligaduras, y creía sentir el consuelo que da

una mano bienhechora, cuando nos liberta 'de hierros que oprimen fuertemente.

Tan intensa fue la sensacion, que me hizo abrir los ojos, y al pálido resplandor de la luna, que por entre dos nubes despedia uno de sus rayos, entreví una figura blanca inclinada hácia mí, y ocupada en desatar mis ligaduras silenciosamente. Iba á gritar, cuando selló mis labios una mano que al instante reconocí. Quedaba sólo una cuerda, pero parecia imposible romperla, sin tocar á un soldado que la cubria enteramente con su cuerpo. La toma Atala : medio se despierta el soldado, y se incorpora ; ella queda inmóvil, y lo mira. El indio la tiene por el Espiritu de las ruinas, se recuesta otra vez, y cerrando los ojos invoca á su Manitú. Rota la cuerda, me levanto y sigo á mi libertadora ; pero ¡ cuántos riesgos nos cercan ! ya estamos para tropezar con los salvages dormidos, ya un guarda

nos pregunta, y Atala responde desfigurando la voz: los niños gritan; y los perros ladran por donde pasamos. No bien hemos salido del recinto fatal, cuando los alaridos hacen estremecer el bosque: el campo se despierta; se encienden fuegos; por todas partes se ven correr salvages con hachas encendidas, y nosotros aceleramos la huida.

Al rayar la aurora en el Oriente, estábamos ya distantes en el desierto. ¡Grande Espiritu! ¡vos sabeis cuál fue mi dicha, cuando otra vez me encontré en la soledad con Atala, con mi libertadora Atala, que se hacia mia para siempre! Las palabras faltaron á mi lengua, y arrodillado ante la hija de Simaghan, la dije: «Los hombres son cosa muy pequeña; pero cuando los Genios los visitan, entonces nada son: vos sois un Genio, me habeis venido á visitar, y no puedo hablar en vuestra presencia.» Atala estendió hácia mí su mano con una risa melancólica:



«Es preciso, me dijo, que os siga, puesto que no quereis huir sin mí. Esta noche he ganado al agorero con dádivas, y embriagado á tus verdugos con esencia de fuego (1), arriesgando mi vida por tí, ya que habias dado por mí la tuya. Sí, jóven idólatra, añadió con un tono terrible, el sacrificio será recíproco.»

Atala me entregó las armas que habia traído consigo, curando en seguida mi herida. Al enjuagarla con una hoja de papaya, la humedecia de nuevo con sus lágrimas, y yo la dije: «Tú derramas un bálsamo sobre mi herida.» «Temo, respondió, no sea un veneno: él sale de mi corazón.» Rasgó despues un velo de los que cubrian su seno, y formando un cabezal lo apretó con un lazo de sus cabellos.

Acaso la embriaguez que dura mucho en los salvages, y es para ellos

1 Aguardiente.

una especie de enfermedad, les estorbó el seguirnos los primeros días; y si después nos buscaron, fue sin duda hacia el Occidente, persuadidos de que habríamos bajado hacia el Meschacebé. Pero cabalmente tomamos el camino hacia la estrella inmóvil (1).

No tardamos en conocer cuán poco se había ganado con mi libertad. El desierto desplegabá á nuestra vista soledades sin límites. ¿Cuál había de ser nuestra suerte en aquellas selvas, sin experiencia en la vida de los bosques, descarriados de camino seguro, y vagando á la ventura? Muchas veces mirando á Atala, me acordaba de la antigua historia de Agar (que había leído en casa de Lopez), cuando llegó al desierto de Bersabé, allá en tiempos remotos en que los hombres vivían tres edades de una encina.

Atala me hizo un manto de la cor-

1 El Norte.

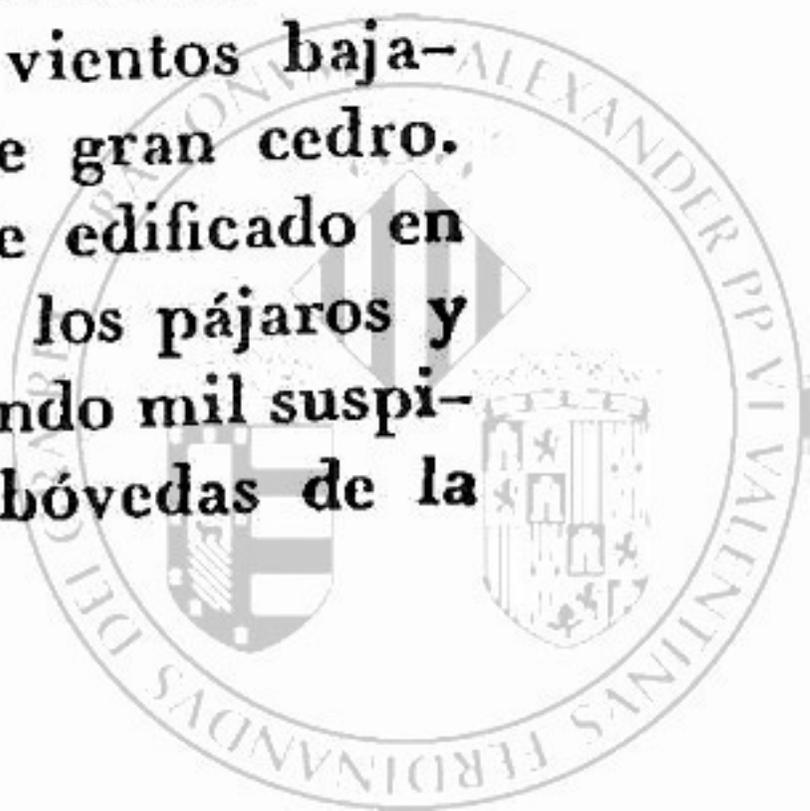
teza interior del fresno , porque estaba casi desnudo. Me bordó unas mocasinas (1) de piel de raton de almizcle, con pelo de puerco-espín. Yo por mi parte cuidaba de sus adornos: ya le ponia sobre la cabeza una guirnalda de las malvas azules que encontrábamos por el camino, ó en los cementerios indios abandonados; ya le hacia collares de granos rojos de azalea, y despues me sonreía contemplando su maravillosa hermosura.

Cuando encontrábamos algun rio, lo pasábamos en una balsa ó á nado. Atala apoyaba sobre mi espalda una de sus manos, y como dos cisnes viageros atravesábamos las aguas solitarias. Muchas veces buscábamos un asilo contra el escesivo calor debajo del musgo de los cedros. Casi todos los árboles de la Florida, en especial los cedros y la encina verde, están cubiertos de una es-

1 Calzado de los indios.

pecie de tela blanca, que llega desde sus ramas hasta el suelo. Cuando por la noche á la claridad de la luna se distingue una de estas encinas en medio de una sábana, parece que se presenta un fantasma, arrastrando tras sí largos velos. La escena no es menos pintoresca con la luz del sol, cuando asiéndose á esta tela una multitud de mariposas, de moscas resplandecientes, de periquitos verdes y grajos azulados, presenta con ellos el mismo efecto que un tapiz de lana blanca, en que el artista europeo hubiese bordado insectos y pájaros de colores sobresalientes.

Bajo de estas maravillosas posadas, dispuestas por el Grande Espíritu en medio de la soledad, descansábamos á medio día, mientras los vientos bajaban del cielo á mecer este gran cedro. Cuando el castillo flotante edificado en sus ramas se movía con los pájaros y viajeros dormidos, saliendo mil suspiros de los corredores y bóvedas de la



movible fábrica; no podían compararse con este monumento del desierto las siete maravillas del antiguo mundo.

Por las noches encendíamos una grande hoguera, y formábamos nuestra choza de viage con una corteza, levantada sobre cuatro estacas. Si habia yo muerto un pavo ó paloma torcaz, ó un faisán del bosque, lo colgábamos delante del fuego en la punta de una vara clavada en el suelo, y dejábamos al viento el cuidado de dar vuelta á la presa del cazador. Comíamos ovas, llamadas *intestinos de roca*, cortezas azucaradas de álamo blanco, y manzanas de mai, que saben á melocoton y á frambuesa mezclados. El nogal negro, el zumaque y el arce, proveían de vino nuestra mesa solitaria. Algunas yeces iba á buscar entre las cañas una planta, cuya flor prolongada á manera de trompeta, contenia un vaso del mas puro rocío. Bendecíamos á la Providencia, que sobre el vástago de una

flor habia colocado fuente tan pura, en medio de las lagunas corrompidas; así como ha puesto la esperanza en medio de los corazones ulcerados por la tristeza, y ha hecho brotar la virtud del seno de las miserias de la vida.

No tardé en descubrir que me engañaba la aparente tranquilidad de Atala. Su melancolía iba creciendo, á medida que nos internábamos en el desierto. Frecuentemente se sobresaltaba sin motivo, volviendo precipitadamente la cabeza. Si la sorprendia fijando sobre mí una mirada llena de pasion, al instante la clavaba en el cielo con una profunda tristeza. Lo que mas me desalentaba era una especie de secreto ó idea que ocultaba en el fondo de su alma, y que se traslucia en sus ojos. Siempre atrayéndome y alejándome; animando y destruyendo mis esperanzas; cuando creía haber adelantado algo en su corazon, me encontraba en el mismo estado. ¡Cuántas veces me

dijo : «Cháctas mio , te amo como á la sombra de los montes en medio del dia! Eres hermoso como el desierto con todas sus flores y vientecillos. Si me recuesto sobre tí , tiemblo ; si mi mano toca la tuya , me parece que voy á morir. El otro dia cuando descansabas recostado en mi seno , impelió el viento tus cabellos hácia mi rostro , y me figuré que sentia el ligero tacto de los espíritus invisibles. He visto las cabras de la montaña de Ocon , he oido los discursos de los hombres experimentados en la vida ; pero la dulzura de los cabritillos , y la sabiduría de los ancianos , son menos agradables , menos enérgicos que tus palabras. Con todo esto , pobre Cháctas , yo no seré jamas tu esposa.»

Las perpetuas contradicciones del amor y religion de Atala , los estremos de su ternura y la pureza de sus costumbres , la entereza de su carácter y su profunda sensibilidad , la eleva-

cion de su alma en las cosas grandes y su nimiedad en las pequeñas, todo la hacia para mí un sér incomprensible. Atala no podia cobrar sobre un hombre un ascendiente débil; llena de pasiones, estaba llena de influencia: era preciso, ó adorarla, ó aborrecerla.

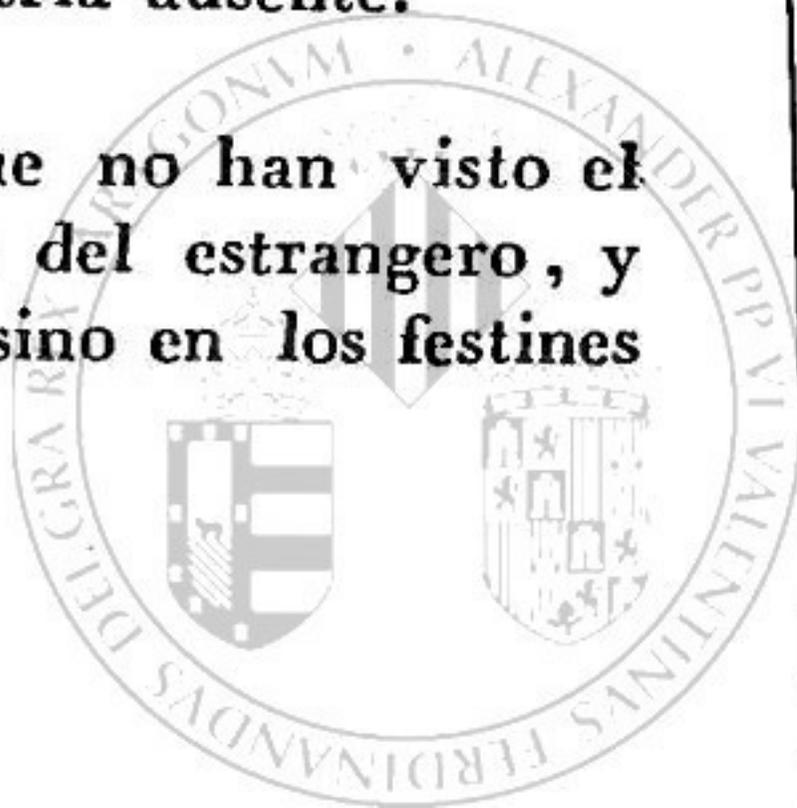
Despues de quince noches de una marcha precipitada, entramos en la cordillera de los montes Aligánis, y tocamos uno de los brazos del Tenaso, que se precipita en el Ohío. Ayudado de los consejos de Atala fabriqué una canoa, la calafateé con goma de árboles, despues de haber recosido las cortezas con raices de abeto; en seguida me embarqué con Atala, y nos abandonamos á la corriente del rio.

Á nuestra izquierda se dejaba ver á la vuelta de un promontorio la poblacion de Stico, con sus tumbas piramidales y chozas arruinadas: á la derecha dejamos el valle de Keow, que termina por la perspectiva de las caba-

ñas de Jore, suspendidas en la cima de la montaña de su nombre. El rio en que navegábamos, corría entre altos peñascos, y al cabo de ellos se divisaba el sol que iba á ponerse. La presencia del hombre no habia inquietado estas profundas soledades, y á nadie vimos sino á un indio cazador, que apoyado sobre su arco, é inmóvil en la punta de una roca, parecia una estatua erigida en la montaña al Genio de los desiertos.

Atala y yo juntamos nuestro silencio á esta escena del mundo primitivo, cuando de repente la hija del desierto hizo resonar en los aires una voz llena de emocion y de melancolía, que cantaba á la patria ausente:

« ¡Dichosos los que no han visto el humo de las fiestas del extranjero, y no se han sentado sino en los festines de sus padres! »



«Si el grajo azul del Meschacebé dijese á la nomparella de las Floridas: ¿por qué te quejas tan tristemente? ¿no disfrutas aquí de hermosas aguas, de bellas sombras, y toda suerte de alimentos? Sí: responderia la nomparella fugitiva, pero mi nido está en el jazmin: ¿quién me lo traerá? y ¿tú tienes el sol de mi sábana?»

«¡Dichosos los que no han visto el humo de las fiestas del extranjero, y no se han sentado sino en los festines de sus padres!»

«Despues de algunas horas de penoso caminar, el viagero se sienta; tristemente contempla al rededor de sí las casas de los hombres, y ¡él no tiene donde reclinar su cabeza! Llama á algunas cabañas, deja su arco detras de la puerta, y pide hospitalidad: el dueño le hace una señal con la mano: el viagero toma otra vez su arco, y se vuelve al desierto.»

« ¡Dichosos los que no han visto el humo de las fiestas del extranjero, y no se han sentado sino en los festines de sus padres! »

« Historias maravillosas referidas en torno del hogar, tiernos desahogos del corazón, eternas inclinaciones de amar tan necesarias á la vida, ¡vosotras habeis colmado los dias de los que no dejaron su pais nativo! ¡Sus sepulcros están en su patria con el sol que se pone, con el llanto de sus amigos, y con los encantos de la religion! »

« ¡Dichosos los que no han visto el humo de las fiestas del extranjero, y no se han sentado sino en los festines de sus padres! »

Así cantaba Atala: nada interrumpia sus quejas, sino el movimiento imperceptible de nuestra canoa en las aguas. Sólo en dos ó tres parages fueron re-

cogidas por un débil eco, que las envió á otro segundo mas débil, y este á otro tercero mas débil todavía. Parecia que las almas de dos amantes, en otro tiempo desafortunados como nosotros, atraidas por esta melodía interesante, se entretenian en repetir sus últimos acentos en la montaña.

Entre tanto, la soledad, la presencia continua del objeto amado, nuestras desgracias mismas redoblan á cada momento nuestro amor. Las fuerzas de Atala comenzaban á desfallecer, y las pasiones iban á triunfar de sus virtudes cristianas, debilitando su cuerpo. Continuamente imploraba á su madre, cuya sombra irritada parecia querer aplacar. Alguna vez me preguntaba si oía una voz doliente, y si veía salir llamas de la tierra. Yo por mi parte consumido de fatigas, ardiendo en deseos, y pensando que acaso estaba perdido sin recurso en estos bosques, estuve mil veces tentado de estrechar á mi esposa

entre mis brazos. Cien veces la propuse que edificásemos una choza en estos desiertos para habitarla juntos; pero siempre encontraba resistencia. «Piensa, me decia, amigo mio, que un soldado se debe todo á su patria. ¿Qué es una débil muger, respecto de las obligaciones que tú debes llenar? Cobra esfuerzo, hijo de Utalissi, no murmures contra tu destino: el corazon del hombre es como la esponja del rio, que ya bebe agua cristalina en tiempo de serenidad, ya se empapa de agua cenagosa, cuando la lluvia ha enturbiado las ondas. La esponja ¿tiene por ventura el derecho de decir, creía que jamas hubiese habido tempestades, y que el sol no seria ardiente?»

¡Oh René, si temes las turbaciones del corazon, no te fies del retiro de las selvas! las grandes pasiones son solitarias, y trasportarlas al desierto no es mas que restituir las á su imperio. Oprimidos de cuidado y temores, es-

puestos á caer en las manos de indios enemigos, á ser sumergidos en las aguas, mordidos por las serpientes, devorados por las fieras, encontrando difícilmente un escaso alimento, y no sabiendo adonde dirigir los pasos, nuestros males parecian no poder aumentarse, cuando un accidente los llevó á su colmo.

Veinte y siete veces habia salido el sol desde nuestra partida de las cabañas: la *luna de fuego* (1) habia comenzado su curso, y todo anunciaba una tempestad. Hacia la hora en que las matronas de la India cuelgan el cayado de labor en las ramas de una sabina, y los papagayos se retiran al hueco de los cipreses para disfrutar la frescura en medio del dia, empezó á oscurecerse el cielo. Cesaron todas las voces de la soledad, el desierto quedó en silencio, y en toda la selva reinó una calma universal. El estrépito

1 El mes de Julio.

de un trueno, al resonar en bosques tan antiguos como el mundo, produjo un ruido extraordinario. Temiendo ser sumergidos en el río, nos aceleramos en llegar á la orilla y retirarnos al bosque.

El terreno era pantanoso: habíamos pasado con gran trabajo por debajo de una bóveda de zarzaparrilla, y entre vides, añil, frisoles y liana terrestre, que trababan, como redes, nuestros pies. El suelo humedecido murmuraba en torno de nosotros, y á cada instante estábamos próximos á ser sumergidos en los barrancos. Innumerables insectos y enormes murciélagos nos cegaban: las serpientes de cascabel hacían ruido por todas partes, y los lobos, los osos, los carribús, los carcajos y los tigres, que corrían á ocultarse en estas guaridas, las estremecían con sus rugidos.

Entre tanto crece la oscuridad: las nubes bajan hasta confundirse con la sombra de los bosques. De repente se

rasga una de ellas, y el relámpago describe mil ángulos de fuego. Un viento impetuoso que sopla por Poniente, confunde en un vasto caos todas las nubes. El cielo se rasga sin cesar; por entre las aberturas se descubren nuevos cielos y campos encendidos, y la masa entera de los bosques parece duplicarse. ¡Qué horroroso y magnífico espectáculo! El rayo abrasa los árboles por diversas partes: el incendio se extiende como una cabellera de llamas: rodean las nubes columnas de centellas y de humo, que despiden sus rayos en la vasta hoguera. Las detonaciones de la tempestad y del fuego, el ruido de los vientos, el rechinar de los árboles, los gritos de los fantasmas, los ahullidos de las fieras, los clamores de los ríos, los silbidos de los truenos, que se apagaban cayendo en las ondas: todo este estruendo, repetido por los ecos del cielo y de las montañas, ensordecía el desierto.

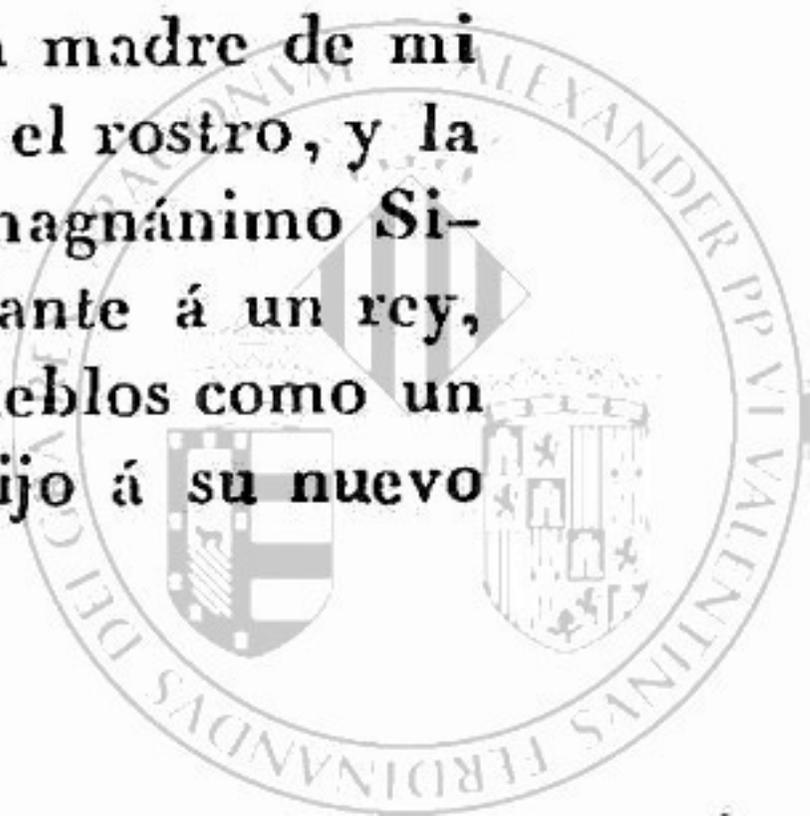


¡Grande Espíritu, tú lo sabes! En este momento no ví mas que á Atala, ni pensé mas que en ella. Formándola una muralla con mi cuerpo al pie del álamo donde nos habíamos sentado, conseguí libertarla por algun tiempo de los torrentes de agua, que caían sobre nosotros por las inclinadas hojas de los árboles. Sentado en la misma agua contra el tronco del árbol, sosteniendo á mi amada sobre las rodillas, y abrigando sus hermosos y desnudos pies con mis manos amorosas; era mas afortunado que una esposa, que siente por la primera vez el fruto de sus entrañas.

Estábamos muy atentos al estrépito de la tempestad, cuando de improviso siento caer sobre mi pecho una lágrima de Atala. «¡Tempestad del corazon! exclamé, ¿es esta una gota de tu lluvia?» Y abrazando despues estrechamente á mi querida, la dije: «Atala, tú me ocultas alguna cosa: ¡ábreme tu corazon, hermosa mia! Sirve de tanto ali-

vio el que un amigo vea en nuestra alma. Cuéntame ese secreto de dolor que te obstinas en callar. ¡Ah! ya le veo, llorarás á tu patria.» Ella replicó al momento: «Hijo de los hombres, ¿cómo lloraria mi patria, si mi padre no nació en el pais de las palmas?» «Cómo, dije con una profunda admiración: ¡vuestros padres no eran del pais de las palmas! ¿Quién es el que os ha dejado en esta tierra de lágrimas? Responded.» Atala lo hizo de esta manera.

«Antes que mi madre se casase con el guerrero Simaghan, llevándole en dote treinta yeguas, veinte búfalos, cien medidas de aceite de bellotas, cincuenta pieles de castores, y otras muchas riquezas, habia ya conocido á un hombre de carne blanca: la madre de mi madre la arrojó agua en el rostro, y la precisó á casarse con el magnánimo Simaghan, en todo semejante á un rey, y reverenciado de los pueblos como un Genio. Pero mi madre dijo á su nuevo



esposo : *Mi seno ha concebido ya; quítame la vida.* Simaghan le respondió: *¡Guárdeme el Grande Espiritu de tan perversa acción! No te mutilaré ni cortaré las narices y orejas, porque has sido sincera, y no has hecho traición á mi tálamo. El fruto de tus entrañas será mio; y no te visitaré sino después que marche el pájaro del arrozal, cuando haya brillado la décima tercera luna.* En este tiempo rompí el seno de mi madre, y comencé á crecer altiva como una española y como una india. Mi madre me hizo cristiana, como lo eran ella y mi padre. En seguida el sobresalto del amor vino á buscarla, y bajó al pequeño subterráneo adornado de pieles, de donde no se sale jamas.»

Tal fue la historia de Atala. «Y ¿quién era tu padre, pobre huérfana del desierto, la dije? ¿Cómo le llamaban los hombres, y qué nombre tenia entre los Genios?» «Jamás he lavado los pies de mi padre, respondió Atala,

sólo sé que vivía con una hermana suya en San Agustín, y que siempre ha sido fiel á mi madre. Su nombre entre los ángeles era Felipe, y los hombres le llamaban Lopez.»

Al oír estas palabras, dí un grito que resonó en toda la soledad, mezclándose al ruido de los truenos el estrépito de enagenamiento: y estrechando á Atala contra mi corazón, como si la quisiera ahogar, exclamé con sollozos interrumpidos: «¡Oh hermana mía! ¡oh hija de Lopez! ¡hija de mi bienhechor!» Asombrada Atala, me preguntó la causa de mi turbación; pero cuando supo que Lopez era el generoso huésped que me había adoptado en San Agustín, y á quien había dejado por ser libre, quedó sobrecogida de confusión y de alegría.

Para nuestros corazones era irresistible esta amistad fraternal, que venía á visitarnos, y á mezclar su amor con el nuestro. Todos los combates de



Atala eran inútiles, en vano se defendía con movimientos extraordinarios; yo estaba enagenado con su aliento, y habia ya gustado en sus labios todas las delicias del amor. ¡Pompa nupcial, digna de nuestras desgracias y de la grandeza de nuestros amores salvages! ¡Soberbios bosques que moveis vuestras lianas y vuestras copas, como las cortinas y el cielo de nuestro lecho! ¡pinos abrazados que formais las teas de nuestro deseado himeneo! ¡rio fuera de madre, montañas bramadoras, sublime y espantosa naturaleza! ¡vosotros no erais mas que un vano aparato dispuesto para engañarnos, y no pudisteis ocultar un solo momento en vuestros misteriosos horrores la felicidad de un hombre!

Atala oponia sólo una débil resistencia, y yo iba á tocar el momento de mi dicha, cuando de repente rompe la espesura de las sombras un impetuoso relámpago seguido del estallido

del rayo, que llena todo el bosque de azufre y de luz, y desgaja un árbol á nuestros pies. Huíamos horrorizados, cuando con la mayor sorpresa, en el silencio que sucedió á este destrozo, oímos el sonido de una campanilla. Suspensos, fijamos la atención en este ruido tan extraño en el desierto: al mismo tiempo ladra un perro á lo lejos, se acerca, redobla sus chillidos, llega y ahulla de gozo á nuestros pies. Un anciano solitario que lleva en su mano una pequeña linterna, le sigue desterrando las tinieblas del bosque. «*Bendita sea la Providencia*, exclamó en el momento de vernos. *Ya hace mucho tiempo que os voy buscando*. Ordinariamente tocamos la campanilla de la misión durante la noche y en las tempestades, para llamar á los viajeros: y siguiendo el ejemplo de nuestros hermanos de los Alpes y el Líbano, hemos enseñado á nuestro perro á descubrir los extranjeros extraviados en

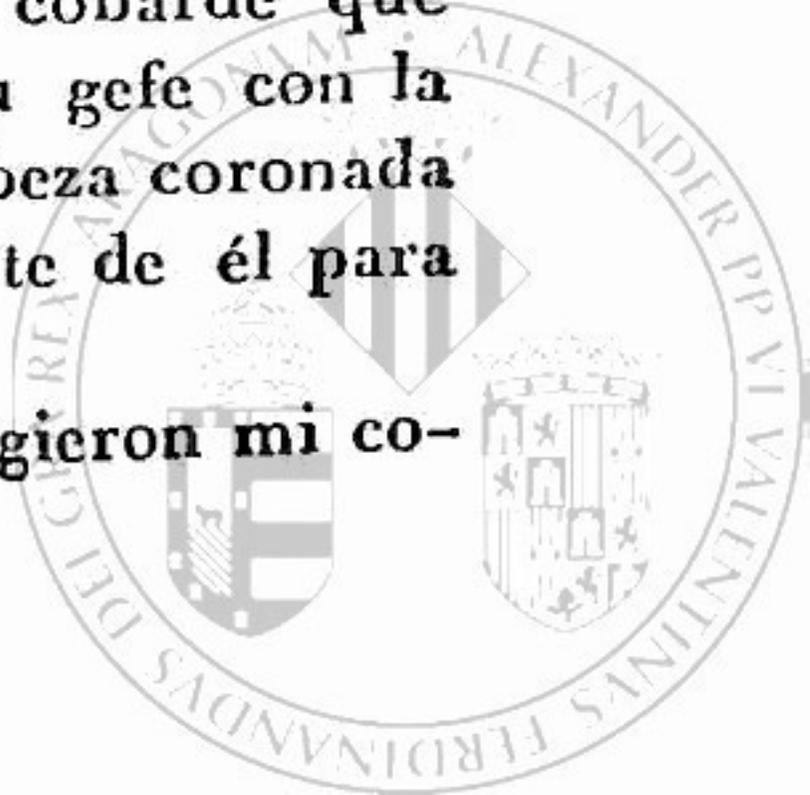


estas soledades. Os sintió desde el principio de la tempestad, y me ha conducido aquí. ¡Buen Dios, cuán jóvenes son! ¡Pobrecitos, cuánto han debido sufrir en este desierto! vamos: he traído una piel de oso que servirá para esta joven; aquí hay también un poco de vino en la calabaza. ¡Sea Dios loado en todas sus obras! ¡su misericordia es grande, y su bondad infinita!»

Atala se había arrojado á los pies del Religioso: «Gefe de la oracion, le dijo, yo soy cristiana: el cielo te envia aquí para salvarme.» Yo por mi parte apenas comprendia al ermitaño: esta caridad me parecia tan superior al hombre, que creía estar soñando. Á la luz de la linterna, entreveía su barba y cabellos empapados de agua: sus pies, sus manos y su rostro estaban ensangrentados por las espinas. «¿Venerable anciano, exclamé, qué corazón tienes, que no has temido que te hiriese el rayo?» «¿Temer, replicó el padre con

energía; temer, cuando hay hombres que están en riesgo y puedo serles útil? entonces seria indigno siervo de Jesucristo.» «¿Pero sabes, le dije, que no soy cristiano?» «Jóven, respondió el ermitaño, por ventura te he preguntado tu religion? ¿Acaso dijo Jesucristo, mi sangre lavará á éste y no á aquel? Él murió por el judío y por el gentil; y en todos los hombres no reconoce mas que hermanos y desgraciados. Lo que he hecho por vosotros es muy poco, y en otra parte hubieseis podido encontrar mayores socorros: mas la gloria no debe atribuirse á los sacerdotes. Nosotros, débiles solitarios, ¿qué somos sino groseros instrumentos de una obra celestial? y sin embargo, ¿qué soldado seria tan cobarde que volviese atras, cuando su gefe con la cruz en la mano, y la cabeza coronada de espinas, camina delante de él para salvar á los hombres?»

Estas palabras sobrecogieron mi co-



razon , y mis ojos derramaron lágrimas de admiracion y de ternura. «Queridos neófitos, dijo el misionero, yo dirijo en los bosques un corto número de vuestros hermanos salvages. Mi gruta está en la montaña bastante cerca de aquí: venid á calentaros: allí no encontrareis comodidades, sino sólo un abrigo; y sin embargo es preciso dar gracias á la bondad divina, porque hay muchos hombres que no lo tienen.»



LOS LABRADORES.

HAY hombres justos cuya conciencia está tan tranquila, que nadie puede tratar con ellos sin participar de la paz que exhalan, por decirlo así, de su corazón y de su espíritu. Con los discursos del solitario, sentía yo que las pasiones calmaban en mi pecho; y aun parecía que á su voz se iba alejando en el cielo la misma tempestad. Las nubes no tardaron en dispersarse, de modo que pudiéscmos dejar aquel retiro; y saliendo del bosque, comenzamos á subir la espalda de una alta montaña. El perro caminaba delante con la linterna apagada á la punta de un baston: yo llevaba á Atala de la mano, siguiendo al misionero, que de cuando en cuando se volvía para mirarnos, contemplando compasivo nuestras desgracias y nuestra juventud. De su cuello pendía un libro, y en su mano

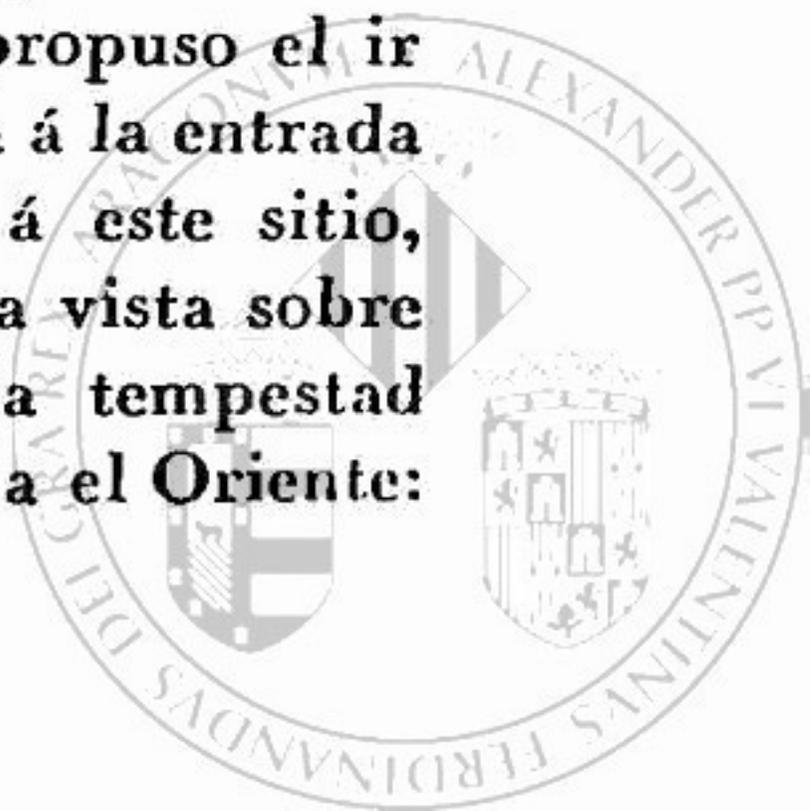
derecha llevaba un baston blanco: su talle era alto; su figura pálida y descarnada; su fisonomía franca y sincera. No tenia las facciones amortiguadas de un hombre nacido sin pasiones: se notaba que sus dias habian sido desventurados; y las arrugas de su frente manifestaban las cicatrices de las pasiones sufocadas por la virtud, y por el amor de Dios y de los hombres. Cuando nos hablaba en pie é inmóvil, sus ojos bajos y modestos, su nariz aguileña, su barba larga y su voz afable tenian una cierta sublimidad en su reposo, y parecia que aspiraban á la tumba por su direccion natural hácia el suelo. Cualquiera que como yo ha visto al P. Aubry caminando por el desierto solo con su breviario, tiene una verdadera idea del viagero cristiano sobre la tierra.

Despues de media hora de peligrosa marcha por las sendas de las montañas, llegamos á la gruta del misionero. Entramos por medio de las

yedras y otras malezas, que la lluvia habia arrancado de los peñascos. En este albergue no habia mas que una estera de hojas de papaya, una calabaza para sacar agua, algunas vasijas de madera, una pala de hierro, una culebra doméstica, y sobre una piedra que servia de mesa, un Crucifijo y el libro de los cristianos.

El anciano se apresuró á encender fuego con lianas secas: machacó maiz entre dos piedras, y haciendo una torta la puso á coser debajo de la ceniza. Cuando la torta tomó en el fuego un hermoso color de oro, nos las sirvió con crema de nueces en un vaso de arce.

La noche se serenó, y el siervo del Grande Espiritu nos propuso el ir á sentarnos en una piedra á la entrada de la gruta. Seguimosle á este sitio, que dominaba una hermosa vista sobre el desierto. Los restos de la tempestad habian sido arrojados hácia el Oriente:



el fuego que encendió el rayo en el bosque resplandecía aun á lo lejos: al pie de la montaña se veía caído en el lodo un bosque entero de pinos: los rios arrastraban confundidos los troncos de los robles, los cuerpos de los animales y los pescados muertos, cuyo plateado vientre nadaba sobre la superficie de las aguas.

En medio de esta magestuosa escena Atala contó nuestra historia al anciano Genio de la montaña. Su corazón cristiano se mostró conmovido, y sus lágrimas cayeron sobre su barba. «Hija mia, dijo á Atala, es preciso ofrecer nuestros trabajos al Dios por cuya gloria habeis hecho tanto, él os volverá el reposo. Veis humear esos bosques, enjugarse los torrentes, disiparse las nubes, y ¿creeis que el que aplaca una tormenta como esa, no podrá apaciguar las turbaciones del corazón del hombre? Si no teneis, mis queridos hijos, otro albergue mejor,

yo os ofrezco una cabaña, entre el rebaño que felizmente guio hácia Jesucristo. Yo instruiré á Cháctas, y te lo daré por esposo cuando sea digno de serlo.»

Á estas palabras me arrojé á los pies del solitario derramando lágrimas de alegría; pero en el rostro de Atala se pintó la palidez de la muerte. El anciano me levantó con benignidad, y yo reparé que tenia ambas manos mutiladas. Atala comprendió al instante sus desgracias, y exclamó: «¡Los bárbaros, los bárbaros han sido!»

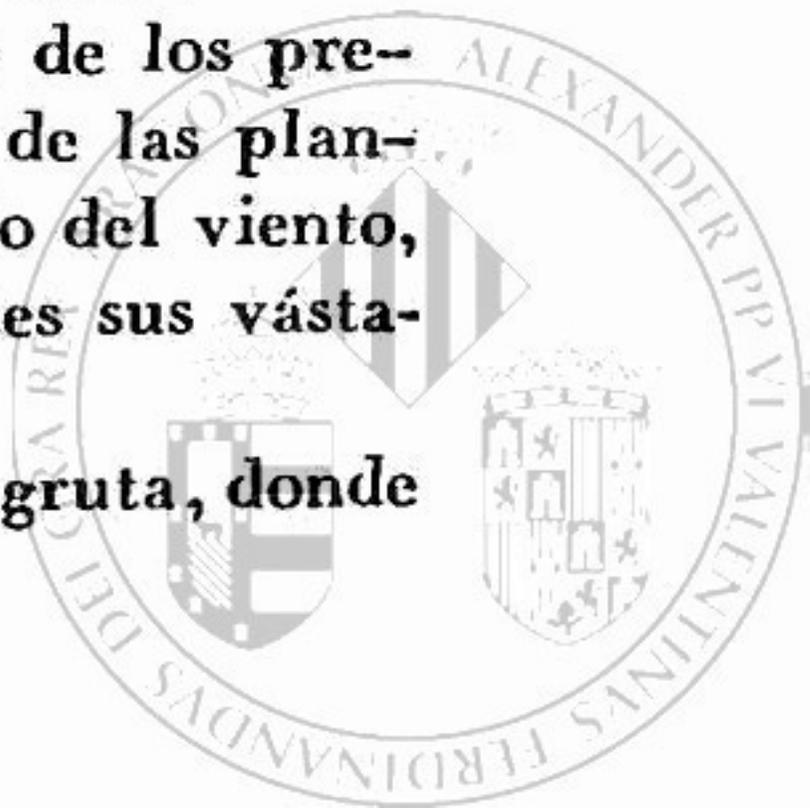
«Hija mia, dijo el padre con una dulce sonrisa, ¿qué es esto en comparacion de lo que sufrió mi divino Maestro? Si los indios idólatras me han maltratado, es porque son unos pobres ciegos, á quienes el Señor iluminará algun dia. Yo los amo aun mas, á proporcion de los males que me han hecho. No he podido quedarme en mi patria adonde habia vuelto, y donde una ilus-

tre reina me honró contemplando estas ligeras señales de mi apostolado. Y ¿qué recompensa mas gloriosa puedo recibir de mis fatigas, que haber obtenido del gefe de nuestra religion el permiso para celebrar el divino sacrificio con las manos mutiladas? Despues de este favor, nada me faltaba sino hacerme digno de él; y así he vuelto á estos desiertos á emplear el resto de mi vida en el servicio de Dios. Pronto se cumplirán treinta años que habito esta soledad, y mañana hará veinte y dos que me establecí en este peñasco. Cuando llegué á estos lugares no encontré sino familias vagamundas, de costumbres feroces y vida miserable: les hice escuchar la palabra de paz, y sus costumbres se han suavizado por grados. Actualmente viven en una pequeña colonia de cristianos debajo de esta montaña. Instruyéndoles en la ciencia de la salvacion, he procurado enseñarles las primeras artes de la vida; pero sin perfeccionarlas

mucho , y manteniendo á estas buenas gentes en aquella sencillez que forma la felicidad. Temiendo incomodarles con mi presencia , me he retirado á esta gruta , adonde vienen á consultarme , y en la que lejos de los hombres admiro á Dios en la grandeza de las soledades , y me preparo para la muerte que ya me anuncian mis cansados dias.»

El solitario se hincó de rodillas concluido este discurso ; nosotros imitamos su ejemplo , y comenzó en alta voz una oracion , á que respondió Atala. Rompian aun los cielos hácia el Oriente algunos relámpagos silenciosos , y resplandecian sobre las nubes del Poniente tres soles unidos. Los raposos , dispersados por la tempestad , sacaban su negro hocico por el borde de los precipicios , y se oía el ruido de las plantas , que secándose al soplo del viento , levantaban por todas partes sus vástagos inclinados.

Volvimos á entrar en la gruta , donde

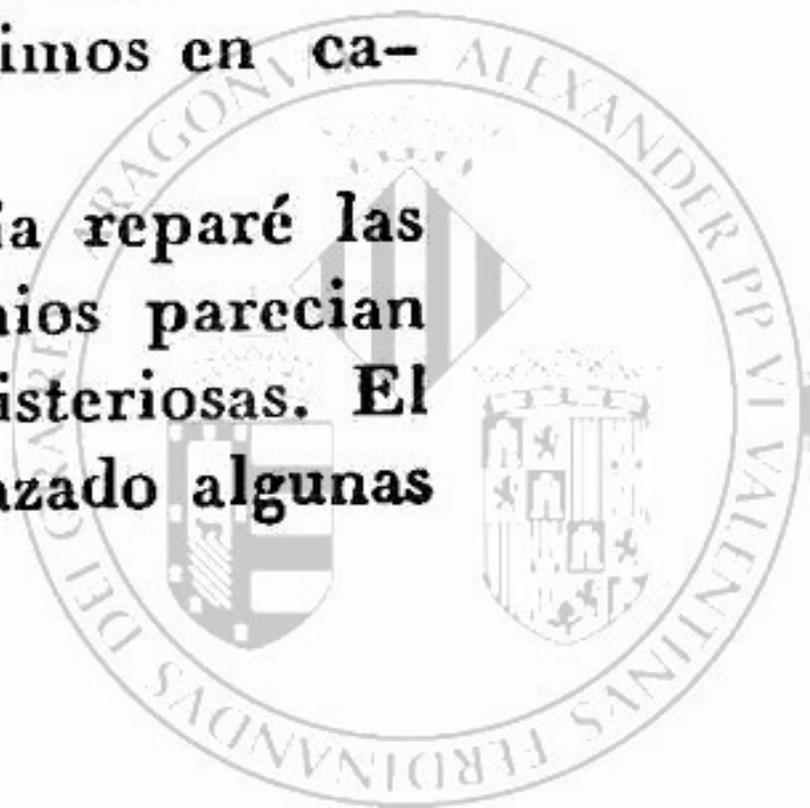


el ermitaño dispuso para Atala un lecho de musgo. Pintábase en sus ojos y movimientos una suma languidez: miraba al P. Aubry como si quisiera revelarle un secreto; pero parece que la detenía algún motivo, bien fuese mi presencia, bien el rubor, ó la inutilidad de descubrirlo. Á la media noche sentí que se levantaba buscando al solitario; pero como éste le cedió su lecho, se había salido á contemplar la belleza de la noche, y á rogar á Dios en el monte. Por la mañana me dijo que esta solía ser su costumbre aun en el invierno, pues gustaba ver como los árboles mecían sus despojadas copas, como volaban las nubes en los cielos, y resonaban los vientos y torrentes en la soledad. Mi hermana se vió obligada á volver á su lecho, y quedó dormida, mientras yo, colmado de esperanza, no veía en la debilidad de Atala mas que señales pasajeras de cansancio.

Al dia siguiente me despertaron los

cantos de los cardenales y pájaros bur-
lones, retirados en las acacias y laureles
que rodeaban la gruta. Fuíme á coger
una rosa de magnolia, y humedecida
aun con las lágrimas de la mañana, la
coloqué sobre la cabeza de la dormida
Atala, esperando, segun la creencia de
mi pais, que el alma de algun niño
muerto al pecho, habria bajado sobre
esta flor en una gota de rocío, y que
un sueño dichoso la trasladaria al seno
de mi amante. En seguida busqué á mi
huésped, y le encontré con la túnica
recogida y el rosario en la mano, aguar-
dándome sentado sobre el tronco de un
pino caido de vejez: me propuso que
le acompañase á la mision, mientras
Atala descansaba: acepté su ofrecimien-
to, y al instante nos pusimos en ca-
mino.

Al bajar de la montaña reparé las
encinas, en que los Genios parecian
haber dibujado figuras misteriosas. El
ermitaño mismo habia trazado algunas



líneas: eran versos de un antiguo poeta llamado Homero, y algunas sentencias de otro poeta mas antiguo llamado Salomon. Se notaba una antigua y misteriosa armonía entre la sabiduría de los tiempos, los versos gastados con el musgo, el solitario que los habia grabado, y las añosas encinas que le servian de libros en el centro de un desierto.

Tambien estaban grabadas sobre una caña de la sábana, al pie de estos árboles, su nombre, su edad, y la época de su mision. Admirándome de la fragilidad del último monumento: «Durará mas que, yo respondió el padre, y siempre tendrá un valor superior al poco bien que he hecho.»

Desde allí nos dirigimos á la garganta de un valle, donde ví una obra maravillosa: era un puente natural, como el de la Virginia, de que sin duda has oido hablar. «Los hombres, hijo mio, dijo el solitario, en especial los de tu pais, imitan frecuentemente á

la naturaleza; pero sus copias son siempre defectuosas: no sucede así cuando la naturaleza se complace en imitar las obras de los hombres. Entonces es cuando ella sabe echar puentes desde la eminencia de una montaña hasta la cima de otra; suspende caminos en las nubes; forma rios en vez de canales; levanta montes en lugar de columnas, y abre mares en vez de estanques.»

Al pasar por debajo del único arco de este puente, nos encontramos en medio de otra maravilla, pasando de un encanto á otro: era el cementerio de los indios de la mision: ó la *arboleda de la muerte*. El ermitaño les permitia enterrar los difuntos á su modo, santificando sólo este lugar con una cruz (1): el suelo estaba repartido

1 Sin duda el P. Aubry habia imitado á los jesuitas de la China, que permitian á los chinos enterrar á sus parientes en los jardines, segun su antigua costumbre.



como el campo comun de las mieses, en tantas porciones cuantas eran las familias. Cada una formaba para sí una pequeña arboleda, que variaba segun el gusto é inclinacion de quien la plantaba. Por entre los árboles serpenteaba un apacible riachuelo, llamado el *arroyo de la paz*. Este risueño asilo de las almas estaba cerrado por el Oriente hasta al puente que acabábamos de pasar: hácia el Norte y Mediodía le cerraban dos colinas, quedando sólo descubierta por el Occidente, donde se levantaba un gran bosque de pinos. Los troncos de estos árboles manchados de verde, y semejantes á altas colunas, formaban un magnífico peristilo en este hermoso templo de la muerte. Reinaba allí un ruido magestuoso, semejante al pausado sonido de un órgano bajo las bóvedas de una Iglesia cristiana: mas penetrando en el fondo del santuario, se oían sólo los himnos de los pajarillos, que celebra-

ban una fiesta eterna á la memoria de los muertos.

Al salir de este bosque, descubrimos el lugar de la mision, situado á la orilla de un lago, en medio de una sávana sembrada de flores, adonde se llegaba por una calle de magnolias y encinas verdes, plantadas en los lados de uno de los antiguos caminos que se encuentran en la soledad.

Luego que los indios divisaron en la llanura al venerable pastor, abandonaron sus trabajos, y corrieron hácia él. Unos besaban respetuosamente su túnica; otros sostenian sus trémulos pasos: las madres levantaban en sus brazos los hijos pequeñuclos, para mostrarles al hombre de Jesucristo, cuyos ojos derramaban lágrimas paternales. Sin detener sus pasos, se informaba de cuanto ocurría en el pueblo, aconsejaba á aquel, reprendía dulcemente á éste: hablaba de la recoleccion de las cosechas, de la instruccion de



los niños, y de las aflicciones que habian de aliviarse, mezclando á Dios en todos sus discursos.

Escoltados de este modo, llegamos hasta el pie de una gran cruz que estaba sobre el camino, y junto á la cual acostumbraba el siervo de Dios celebrar los misterios de su santa religion: «Mis amados neófitos, dijo volviéndose á la multitud, os han llegado un hermano y una hermana, y para mayor colmo de felicidad, veo que la divina Providencia perdonó ayer vuestras mie- ses: dos grandes motivos para darle gracias. Ofrezcámosle pues el divino sacrificio, y cada uno ponga de su parte un profundo recogimiento, una fe viva y un corazon humilde.»

Al instante el sacerdote se revistió de una túnica blanca, hecha de corteza de morales: sacó los vasos sagrados de un tabernáculo colocado al pie de la cruz; preparó el altar sobre un cuadrado de piedra, trajeron agua de un

torrente inmediato, y esprimieron un racimo de uva silvestre para el vino del sacrificio. Hincados de rodillas entre la yerba, comenzó el misterio en medio del desierto.

La aurora, que asomaba por detras de los montes, inflamaba el estendido Oriente: todo parecia de oro ó de rosa en la soledad. El astro anunciado por tanto resplandor, salió en fin de un abismo de luz; y su primer rayo hirió la hostia consagrada, que el sacerdote alzaba en aquel momento. ¡Oh encanto de la religion! ¡oh magnificencia del culto cristiano! ¡Por sacrificador un venerable ermitaño, un peñasco por altar, por templo el desierto, y por asistentes sencillos salvages! Sin duda se obró el gran misterio en el instante que nosotros caimos inclinando el rostro hácia el suelo, y Dios bajó sobre todos los bosques, así como yo le sentí descender á mi corazon.

Concluido el sacrificio, en que para



mi nada faltaba sino la hija de Lopez, nos dirigimos al pueblo, donde de nuevo admiré los milagros de la religion. Reinaba allí la mezcla mas interesante de la vida social, y la vida de la naturaleza. Al cabo de una calle de cipreses del antiguo desierto, se descubrian terrenos recién cultivados: las espigas se movian ondeando sobre el tronco de una encina caida, y las mieses de un verano reemplazaban al árbol de diez siglos. Por todas partes se veían bosques, que entregados á las llamas despedian densas nubes de humo, y el arado corria lentamente entre los despojos de sus raices. Los agrimensores iban midiendo el desierto con largos cordeles, y los árbitros establecian las primeras propiedades. El pájaro abandonaba su nido, y el albergue de la fiera se trocaba en una cabaña. Oíanse retumbar las fraguas, y los golpes de la segur hacian resonar por la última vez los ceos, próximos á espirar con

los árboles que les servían de asilo.

Yo contemplaba arrebatado estos cuadros, que se me hacían mas dulces por el recuerdo de Atala, y por los sueños de felicidad en que se mecía mi corazón. Admiraba el triunfo del cristianismo sobre la vida salvaje; veía al hombre civilizándose á la voz de la religión, y asistía á las bodas primitivas del hombre y de la tierra. El hombre por este gran contrato la cedía la herencia de sus sudores, y la tierra se obligaba en cambio á producir fielmente las mieses, á alimentar sus hijos, y á abrigar sus cenizas.

En esto trajeron un niño, que el misionero bautizó entre los floridos jazmines, á la orilla de una fuente, mientras que por medio de los juegos y del trabajo se dirigía un atahud á las arboledas de la muerte. Dos esposos recibieron la bendición nupcial debajo de una encina, y en seguida fuimos á establecerlos en un extremo de la soledad.

El pastor iba delante de nosotros bendiciendo acá y allá, la roca, el árbol, la fuente, así como en otro tiempo bendijo Dios la tierra inculta, dándola en herencia á Adan. Esta pequeña porcion mezclada con sus rebaños, siguiendo de peñasco en peñasco á su pastor venerable, representaba á mi corazon enternecido las antiguas emigraciones de las primeras familias de los hombres, cuando Sem se internaba con sus hijos en el mundo desierto, siguiendo al sol que caminaba delante de él.

Quise saber de este santo ermitaño cómo gobernaba á sus hijos, y me respondió con gran complacencia: «No les he dado ley alguna; únicamente les enseño á amarse entre sí, á rogar á Dios, y á esperar en otra vida mas feliz: á esto se reducen todas las leyes del mundo. En medio del lugar se divisa una cabaña mas alta que las demas, la cual sirve de capilla en tiempo de lluvias. Allí se reunen por mañana y tarde

para alabar al Señor; y cuando estoy ausente un anciano dirige la oracion, porque la ancianidad es como la maternidad, una especie de sacerdocio de la naturaleza. Salen despues á trabajar en los campos; y aunque las propiedades están repartidas, con el objeto de enseñarles la economía social, las cosechas se guardan en graneros comunes para mantener la caridad fraternal. Cuatro ancianos distribuyen con igualdad el producto del trabajo. Añadid á esto las ceremonias religiosas, muchos cánticos, la cruz en que he celebrado los misterios, el olmo bajo del cual predico en los dias festivos, nuestros sepulcros próximos á los campos de trigo, los rios donde bautizo á los niños recién nacidos, y tendreis alguna idea del reino de Jesucristo.»

Las palabras del solitario me arrebataron, y al instante conocí la superioridad de esta vida estable, moral y



ocupada, sobre la vida errante, inútil y ociosa de salvaje.

¡Ah René! no murmuro de la Providencia; pero confieso que jamas me acuerdo de esta sociedad evangélica sin sentir una verdadera amargura. ¡Cuán feliz hubiera hecho mi vida una cabaña, habitaba en estos desiertos en compañía de Atala! todos mis afanes hubieran terminado en esto: allí con una esposa adorada, desconocido de los hombres, y ocultando mi felicidad en el seno de los bosques, hubiera pasado como los rios que ni aun tienen nombre en el desierto. En lugar de esta paz con que entonces me lisonjeaba, ¡en qué turbacion no he pasado mis dias! Continuo juguete de la fortuna, estrellado contra todas las playas, desterrado largo tiempo de mi pais, sin encontrar á mi vuelta mas que una cabaña arruinada, y amigos olvidados en la tumba: tal debia ser el destino de Cháctas.

EL DRAMA.

MI sueño de felicidad fue muy vivo, pero de corta duracion, pues desperté de él al entrar en la gruta del solitario. Cuando llegamos á ella al medio dia, me sorprendió que Atala no saliese á recibirnos. Un repentino horror se apoderó de mí, sentia que se despedazaba mi corazon, y me pareció que los laureles susurraban tristemente en el monte. Al acercarme á la gruta, no me atrevia á llamar á la hija de Lopez, estando mi imaginacion sobresaltada igualmente por la voz, que por el silencio que pudiese suceder á mis gritos. Mas aterrado aun con la oscuridad que reinaba á la entrada del peñasco, dije al misionero: « Vos, á quien el cielo acompaña y fortifica, penetrad en esas sombras, y restituidme á mi querida Atala.»

¡Cuán flaco es el que está dominado por las pasiones! ¡cuán fuerte el

que descansa en Dios! Mas esfuerzo habia en el corazon de este religioso, agobiado con setenta y dos años, que en toda la juventud de mi pecho. El hombre de paz entró en la gruta, y yo me quedé afuera lleno de terror. Un débil eco como de quien se queja salió del centro del peñasco, y vino á herir mi oido. Dando una voz, y recogiendo todas mis fuerzas, me precipité en la oscuridad de la cabaña.... ¡Espíritus de mis padres! ¡vosotros sabeis solamente el espectáculo que hirió mis ojos!

El solitario habia encendido una tea de pino, que su mano trémula sostenía sobre el lecho de Atala. Esta muger hermosa y jóven, medio reclinada sobre el codo, estaba pálida y con el cabello desordenado: en su frente brillaban las gotas de un sudor mortal: sus miradas lánguidas querian manifestarme aun su amor, y su boca procuraba sonreirse. Cual si estuviera herido de un rayo, quedé inmóvil con los ojos fijos, los

brazos estendidos, y los labios entreabiertos. Un profundo silencio reinó un momento entre los tres personajes de esta escena de dolor, hasta que le rompió el solitario diciendo: «Esto no será tal vez mas que una fiebre, ocasionada por el cansancio; y si nos resignamos en la voluntad de Dios, alcanzaremos su misericordia.»

Á estas palabras recobró su curso en mi corazon la sangre detenida, y con la violencia de un salvaje pasé repentinamente de la desesperacion al exceso de confianza. Pero Atala no me dejó largo tiempo en ella: moviendo tristemente la cabeza, hizo señal de que nos acercásemos á su lecho.

«Padre mio, dijo con una voz debilitada, dirigiéndose al religioso: ya toco el momento de la muerte. ¡Cháctas! escucha sin desesperarte el funesto secreto que te ocultaba por no hacerte mas desventurado, y por obedecer á mi



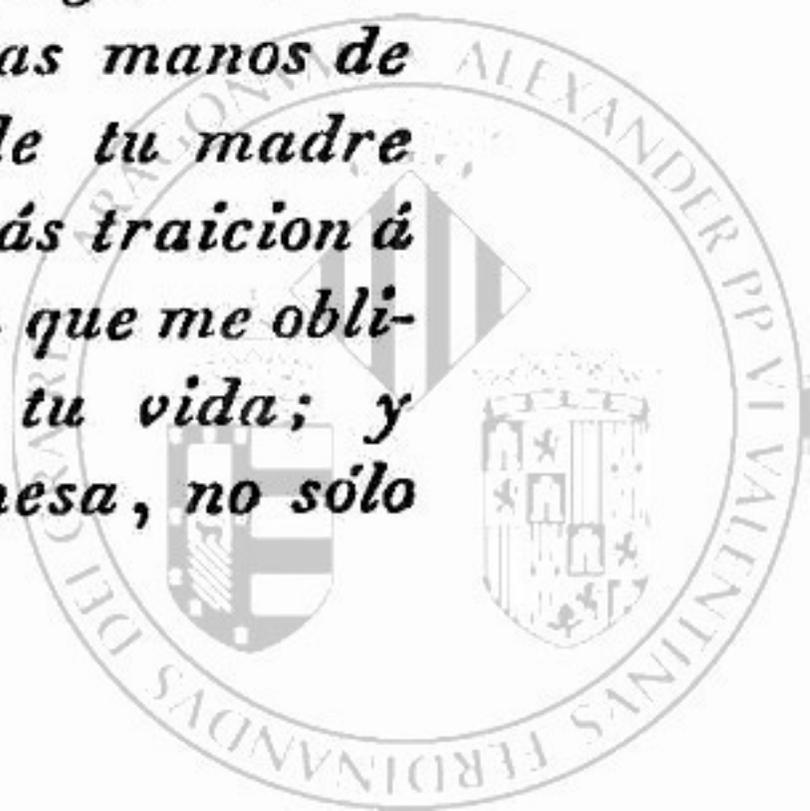
madre. No me interrumpas con señales de un dolor, que precipitaria los cortos instantes que me restan de vida. Tengo mucho que decir; y los latidos de mi corazón que cada vez van haciéndose mas lentos, y un cierto peso frio que agobia mi pecho, quizá no me permitirán decirlo todo con la brevedad que quisiera.»

Despues de algunos momentos de silencio: Atala prosiguió así:

«Mi triste destino ha principiado casi antes de que naciese: mi madre me concibió en la desgracia, yo oprimia su seno, y me dió á luz con agudos dolores de sus entrañas, que hicieron desesperar de mi vida. Para salvarla, mi madre hizo un voto: prometió á la Reina de los ángeles, que yo la consagraria mi virginidad, si me libertaba de la muerte.... ¡Voto fatal que me precipita en el sepulcro!»

«Cuando perdí á mi madre, entraba

en los diez y seis años: algunas horas antes de morir me llamó á su lecho. *Hija mia*, me dijo en presencia de un misionero, que la consolaba en sus últimos instantes: *hija mia, tú sabes el voto que he hecho por tí: ¿querrás frustrar los deseos de tu madre? Atalámia, te dejo en un país que no es digno de poseer una cristiana; en medio de idólatras que persiguen al Dios de tu padre y el mio; al Dios que despues de haberte criado, te conserva por un segundo milagro. Mi querida hija, acepta el velo de las vírgenes, renuncia á los cuidados de la cabaña, y á las funestas pasiones que han turbado el pecho de tu madre: ven pues, querida mia: ven, y jura sobre esta imágen de la Madre del Salvador, en las manos de este santo sacerdote, y de tu madre moribunda, que no me harás traicion á la faz de los cielos. Piensa que me obligué por tí para salvar tu vida; y que no cumpliendo mi promesa, no sólo*



serás castigada, sino que sumergirás el alma de tu pobre madre en tormentos eternos.»

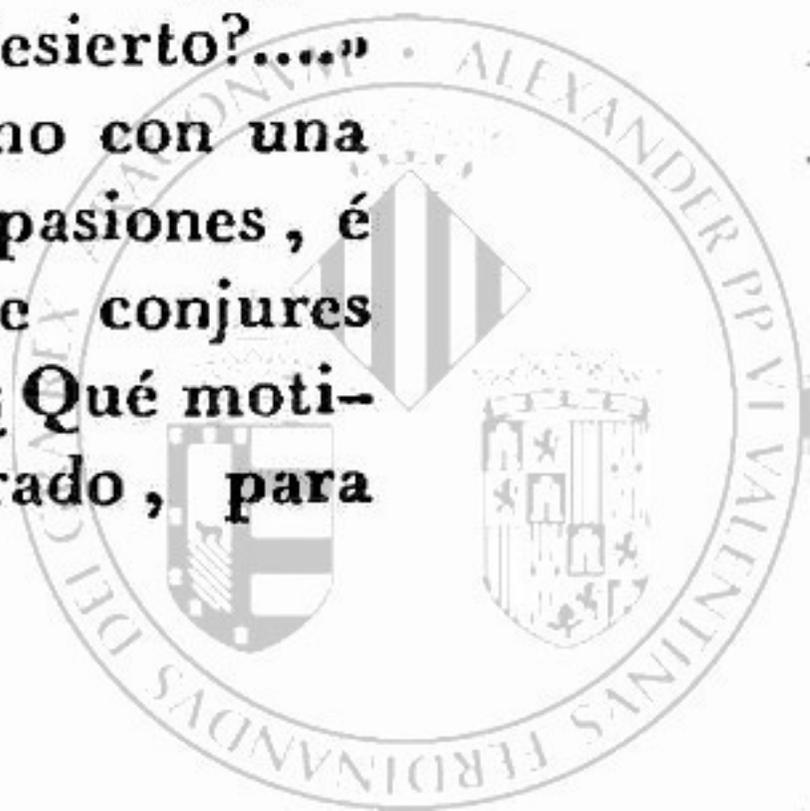
«¡Oh madre mia! por qué hablasteis así! ¡Oh religion, que á un tiempo haces mis males y mi felicidad, que me pierdes y me consuelas! Y tú, caro y triste objeto de una pasion que me abraza hasta en los brazos de la misma muerte, tú ves ahora ¡oh Chactas! lo que ha hecho el rigor de nuestro destino. Deshecha en llanto, y precipitándome en el seno maternal, prometí cuanto quiso exigir de mí. El misionero pronunció sobre mí algunas palabras terribles, y me puso el escapulario que traigo siempre conmigo. Mi madre me amenazó con su maldicion, si llegaba á romper el voto; y despues de encargarme un secreto inviolable con los paganos perseguidores de mi religion, espiró teniéndome abrazada.»

«Al principio no concebí el riesgo de mi juramento; llena de ardor como

verdadera cristiana, y orgullosa con la sangre española que corría por mis venas, no ví al rededor de mí sino hombres indignos de mi mano, y me lisonjeé de no tener otro esposo que al Dios de mi madre.... Pero te ví, jóven y hermoso prisionero; me enterneció tu suerte; osé hablarte junto á la hoguera del desierto.... y entonces sentí todo el peso de mis votos.»

Al pronunciar Atala estas palabras, apretando con violencia los puños, y mirando al misionero, exclamé con un aire amenazador: «¿Es esta la religion que tanto me habeis ponderado? ¡Perezca el juramento que me arrebató á Atala! ¡perezca el Dios que se opone á la naturaleza! Hombre ó sacerdote, ¿que has venido á hacer en este desierto?....»

«Á salvarte, dijo el anciano con una voz terrible: á domar tus pasiones, é impedir, blasfemo, el que conjures contra tí la ira de un Dios. ¿Qué motivo tienes, jóven inconsiderado, para

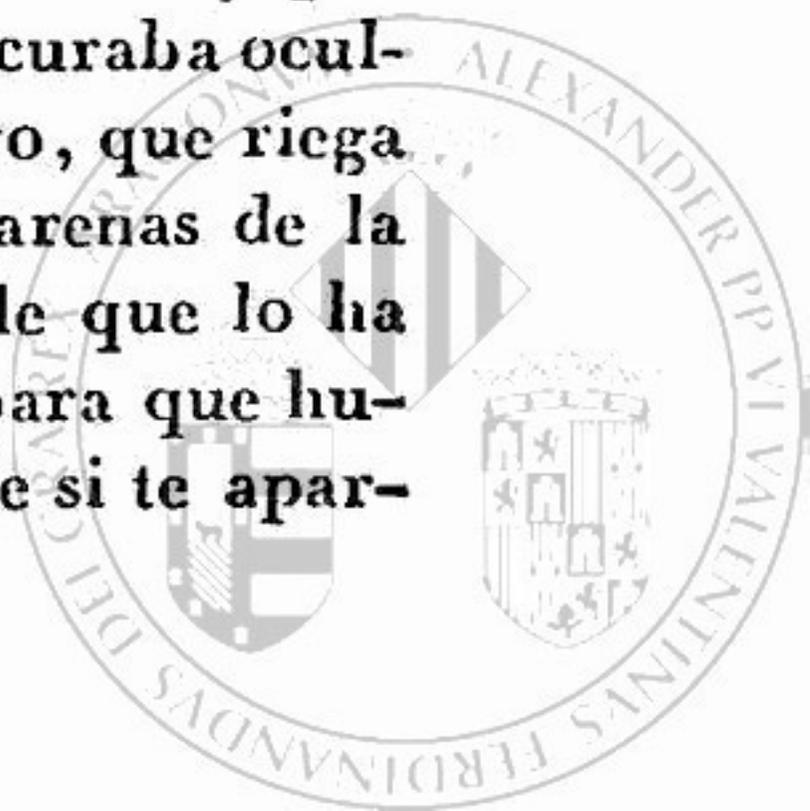


quejarte de tus males, cuando apenas has entrado en la carrera de la vida? ¿En dónde están las señales de lo que has sufrido? ¿dónde las injusticias que has padecido? ¿dónde tus virtudes, que son las que únicamente podrían darte algun derecho para quejarte? ¿qué servicios, qué bienes has hecho? ¡Ah, desgraciado! no veo en tí mas que pasiones, y ¿te atreves á acusar al cielo? Despues que hayas pasado, como el P. Aubry, treinta años de destierro en estas montañas, juzgarás con mas detencion de los designios de la Providencia: comprenderás entonces que nada sabes, que nada eres, y que no hay castigo tan riguroso, ni males tan terribles, que no merezca sufrir la carne corrompida.»

El brillo que despedian los ojos del anciano, la barba que le llegaba al pecho, y sus fulminantes palabras le hacian semejante á un Dios. Confundido por su magestuosa gravedad, caí á sus pies

y le pedí perdón de mi arretrato. «Hijo mio, me dijo con un acento tan dulce que llenó mi alma de remordimiento: hijo mio, no te reprendo precisamente por mí. ¡Ah! tienes mucha razón: lo que yo he hecho en estos bosques es muy poco, y Dios no tiene un siervo mas indigno que yo. Pero al cielo, al cielo es al que jamas debe acusarse. Perdóname si te he ofendido; pero oigamos á tu hermana: acaso habrá algun remedio; no, no perdamos las esperanzas.... Cháctas, es muy divina la religion que ha hecho una virtud de la esperanza.»

«Mi amigo, me dijo Atala, tú has sido testigo de mis combates, y sin embargo no has visto sino una muy pequeña parte, porque yo procuraba ocultártelos. Sí: ¡el negro esclavo, que riega con su sudor las ardientes arenas de la Florida, es menos miserable que lo ha sido Atala! Conjurándote para que huyeses, y segura de mi muerte si te apar-



tabas: temiendo huir contigo á los desiertos, y anhelando por la sombra de los bosques, llamando á voces la soledad.... ¡Ah, si sólo se hubiera tratado de abandonar á mis parientes, amigos, patria; si aun (¡cosa terrible!) no hubiese perdido mas que de perder mi alma!.... pero tu sombra, madre mia, tu sombra estaba siempre presente imputándome sus tormentos. Yo oía tus clamores, veía las llamas del infierno que te consumían: mis noches eran desveladas y llenas de fantasmas, y mis dias penosos y tristes: el rocío de la noche se secaba al caer sobre mi abrasado cutis; entreabria mis labios al vientecillo, y éste lejos de refrescarme, se abrasaba con el fuego de mi aliento. ¡Qué dolor verte sin cesar á mi lado, lejos de todos los hombres, en profundas soledades, y ver entre los dos un obstáculo insuperable! Pasar mi vida á tus pies, servirte como tu esclava, preparar tu cena y lecho en un

sitio ignorado del universo, hubiera sido para mí la suprema felicidad: ¡felicidad que tocaba y no podía gozar! ¡Qué designios no he premeditado! ¡qué sueño no ha salido de este triste corazón! Algunas veces fijando sobre tí mi vista en medio del desierto, llegaba á formar deseos tan insensatos como culpables. Ya hubiera querido ser la única criatura que contigo viviese en la tierra; ya sintiendo una divinidad que me detenía en mis horribles ímpetus, deseaba que esta divinidad se aniquilase, con tal que estrechada yo entre tus brazos, cayese de abismo en abismo con los despojos de Dios y del mundo. En este instante mismo.... ¿lo diré? ahora que la eternidad va á devorarme, que voy á comparecer delante del Juez inexorable; en el momento en que por obedecer á mi madre, la virginidad arrebatada tras sí mi vida; por una contradicción terrible, abrigo todavía el sentimiento de no haber sido tuya.»



«Hija mia, interrumpió el misionero, el dolor te enagena, el exceso de pasion á que te abandonas, no es justo; pero es menos culpable á los ojos de Dios, porque supone mas bien un extravío del entendimiento, que un vicio del corazon. Debias haber refrenado esos ímpetus indignos de tu inocencia; pero tambien, hija mia, tu fogosa imaginacion te alarmó demasiado sobre tus votos. La religion no exige un sacrificio sobrehumano: sus verdaderos sentimientos, sus virtudes templadas son muy superiores á los sentimientos exaltados, á las virtudes violentas de un falso heroismo. Si os hubierais rendido, pobre oveja descarriada, el buen pastor os hubiera buscado para volveros al rebaño. Los tesoros de la penitencia están siempre abiertos: para borrar las faltas á los ojos de los hombres, son necesarios torrentes de sangre; una lágrima sola basta para Dios. Tranquilízate pues, hija mia, tu situa-

cion necesita de descanso: dirijámonos á Dios, que cura todas las llagas de sus siervos. Si su voluntad es, segun confío, el libertarte de esta enfermedad, escribiré al obispo de Quebec, en quien residen las facultades necesarias para dispensar tus votos, pues sólo son simples, y acabarás tus dias con tu esposo Cháctas.»

Á estas palabras del anciano acometió á Atala una convulsion, de que no salió sino para dar muestras de un dolor espantoso. «¡Ah! dijo juntando ambas manos con espresion: ¡con que habia remedio para mí! ¡con que podian dispensarse mis votos!» «Sí, hija mia, respondió el padre, y puede todavía....» «Ya es tarde, exclamó, es preciso morir en el momento de saber que podia ser dichosa: ¡que no haya conocido antes á este santo misionero! ¡qué dicha disfrutára en este dia contigo, con Cháctas ya cristiano!... Consolada, tranquilizada por este sacerdote augusto....»



en este desierto para siempre.... ¡Oh, era demasiada felicidad!» «Sosiégate, la dije, tomando una de sus manos, sosiégate, que no tardaremos en disfrutar de tan gran ventura.» «Jamás, jamás, dijo Atala.» «¡Cómo! la repliqué.» «Aun no lo sabes todo, añadió; ayer.... durante la tempestad.... tú me estrechabas.... tuya es la culpa.... iba á violar mis votos.... á sumergir á mi madre en las llamas del abismo.... su maldición iba á caer sobre mí.... ya ofendía al Dios que me salvó la vida.... Cuando besabas mis trémulos labios, ¿no sabías.... no, que tus brazos no estrechaban sino á la muerte?» «¡Cielos! exclamó el misionero, ¿qué has hecho, querida hija?» «Un crimen, padre mio, respondió Atala con los ojos desencajados; pero perdiéndome á mí misma, salvaba á mi madre.» «Acaba pues, exclamé lleno de espanto, acaba.» «¡Ay! dijo, previendo mi debilidad, al dejar las cabañas traje conmigo....» «¿Qué?.... repliqué

con horror.» «¡Un veneno!.... dijo el padre.» «Ya está en mi corazón, exclamó Atala.»

La tea cae de la mano del solitario; yo me desmayo junto á esta jóven desventurada; él nos recoge á los dos en sus brazos paternales, y los tres en la oscuridad, mezclamos un instante nuestros sollozos sobre este fúnebre lecho.

«Despertemos, despertemos: dijo luego el esforzado ermitaño, encendiendo una luz. Estamos perdiendo momentos muy preciosos: desafiemos, como intrépidos cristianos, los asaltos de la adversidad: con una soga al cuello, y cubierta de ceniza la cabeza, postrémonos ante el Todopoderoso para implorar su clemencia, ó para someternos á sus decretos: acaso es tiempo todavía. Hija, debiste avisarme ayer tarde.» «¡Ay, padre mio! dijo Atala, os busqué en la noche anterior; pero el cielo en castigo de mis faltas os alejó de mí. Por otra parte hubiera sido inútil todo

socorro, porque los indios mismos, tan diestros en los venenos, no conocen remedio alguno para el que he tomado. Juzga ¡oh Cháctas! mi admiración cuando he visto que el efecto no era tan pronto como esperaba. El amor ha redoblado mis fuerzas, y mi alma no ha podido separarse de tí tan presto.»

No interrumpí entonces la narración de Atala con suspiros, sino con arrebatos que sólo conocen los salvajes. Me revolví furioso sobre la tierra, torciendo los brazos y mordiéndome las manos. El sacerdote con una maravillosa ternura, corría del hermano á la hermana, y nos prodigaba mil socorros. Sin embargo de la calma de su corazón y el peso de sus años, sabía hacerse escuchar de nuestra juventud; y su sublime religión le inspiraba acentos más tiernos y encendidos que nuestras pasiones mismas. Este sacerdote, que cuarenta años había se sacrificaba diariamente en estas montañas al servicio de Dios y de

los hombres, se me figuraba un grande holocausto, que despedía un humo perpetuo ante el Señor en los lugares elevados.

¡Ay! en vano se esforzó para aplicar algun remedio á los males de Atala. La fatiga, el sobresalto, el veneno, y una pasión mas mortal que todos los venenos juntos, se reunían para arrebatár á la soledad esta flor. Al caer la tarde se manifestaron síntomas malignos: un entorpecimiento general ataba sus miembros, y las estremidades de su cuerpo comenzaban á enfriarse. «Toca mis dedos, me dijo: ¿no los encuentras helados?» Yo no sabía qué responder, y mis cabellos se erizaron de horror. En seguida añadió: «Ayer, querido mio, sólo tu tacto me hacia estremecer, y ahora ya no siento tu mano.... apenas oigo tu voz; los objetos de la gruta desaparecen sucesivamente.... ¿son los pajarillos que cantan? el sol debe ponerse ahora.... ¡Cháctas! sus rayos serán her-

mosos sobre mi tumba en el desierto.»

Conociendo Atala que nos hacian llorar sus palabras, nos dijo: «Perdonadme, buenos amigos: estoy muy débil; pero acaso voy á fortalecerme.... Sin embargo, ¡morir tan jóven! ¡tan pronto! ¡cuando mi corazon estaba tan lleno de vida!.... Gefe de la oracion, compadécete de mí: sostenme. ¿Crees que mi madre esté satisfecha, y que Dios me perdonará?»

«Hija mia, respondió el buen religioso derramando lágrimas, y enjugándolas con sus trémulas y mutiladas manos; hija mia, tu educacion y la falta de conocimientos necesarios te han perdido: ignorabas que una cristiana no puede disponer de su vida. Consuélate, querida hija: Dios te perdonará por la sencillez de tu corazon. Tu madre, y el imprudente misionero que la dirigia, han sido mas culpables que tú: se escedieron de sus facultades, arrancándote un voto indiscreto; pero la paz

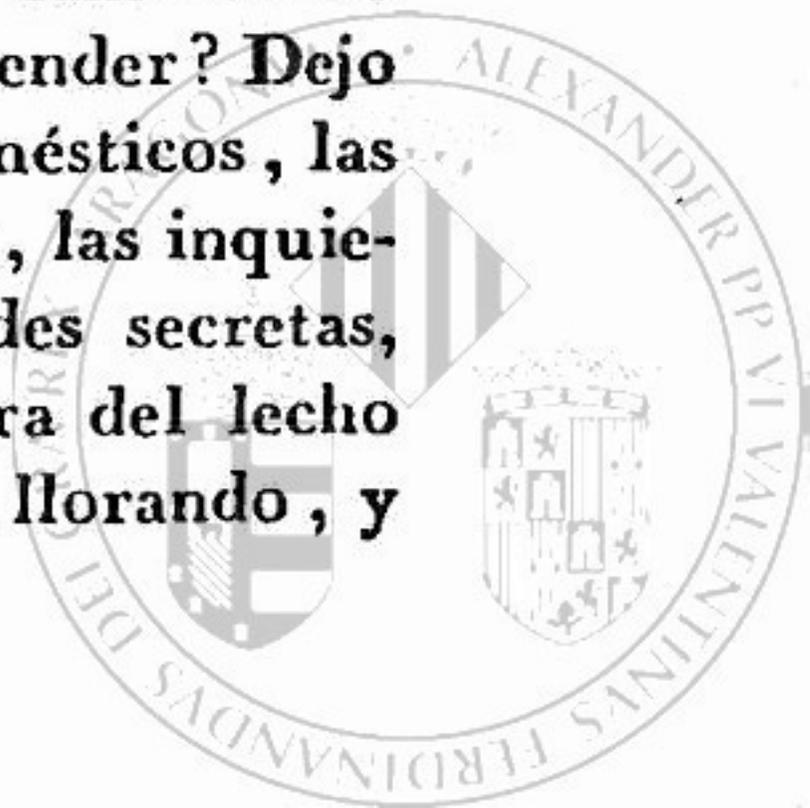
del Señor sea con ellos. Vosotros presentais todos tres un terrible ejemplo de los riesgos del entusiasmo, y de la falta de luces en materia de religion. Tranquilízate, hija mia. El que penetra los corazones humanos, te juzgará por tu intencion que era pura, y no por tu culpable proceder.»

«Por lo que hace á la vida, si ha llegado el momento de reposar en el Señor, ¡ah, hija mia, cuán poco pierdes perdiendo al mundo! Á pesar de la soledad en que has vivido, no has dejado de conocer los disgustos: ¿qué seria pues si hubieses experimentado los males de la sociedad; si arribando á las playas de Europa, hubieran penetrado en tu alma los gritos de dolor que se levantan en aquel antiguo pais? El habitante de la cabaña y el del palacio, todos padecen y gimen en este mundo: lo mismo se ha visto llorar á las reinas que á las mugeres particulares, y causa espanto el ver la cantidad de lágrimas

que encierran los ojos de los reyes.»

«¿Es por ventura el amor lo que echas menos, hija mia? ¿tan digno es de ser llorado un sueño? ¿conoces tú el corazón del hombre, y puedes calcular la inconstancia de sus deseos? mas fácil es reducir á número las olas que el mar levanta en una tempestad. Los sacrificios, los favores, no son lazos eternos: acaso un dia hubiese sucedido el disgusto á la hartura, y contando por nada lo pasado, no se hubieran visto mas que los inconvenientes de una union pobre y despreciada. Sin duda, hija mia, los mas felices amores fueron los de los dos esposos, que primero salieron de la mano del Criador. Para ellos se habia formado un paraiso, y eran inocentes é inmortales. Perfectos en alma y cuerpo, en todo convenian: Eva habia sido criada para Adan, y Adan para Eva. Si á pesar de esto no pudieron mantenerse en aquel estado de felicidad, ¿quién podrá lograrlo des-

pues de ellos? No te hablaré de los matrimonios de los primeros hijos de los hombres, de aquellos enlaces inefables que se hacian, cuando la hermana era esposa del hermano, cuando el amor y la amistad fraterna se confundian en un mismo pecho, y la pureza de la una aumentaba las delicias del otro. Todas estas uniones padecieron sus turbaciones, los celos penetraron hasta el altar de césped, sobre el cual se inmolaba el cabritillo; se introdujeron en la tienda de Abrahan, y aun en los lechos, donde los patriarcas disfrutaban tanta alegría, que olvidaban hasta la muerte de sus madres. ¿Te lisonjearias, hija mia, de ser en tus lazos mas inocente y dichosa, que las santas familias de que Jesucristo se dignó descender? Dejo á un lado los cuidados domésticos, las disputas, las mútuas quejas, las inquietudes y todas las penalidades secretas, que velan sobre la cabecera del lecho conyugal. La muger se casa llorando, y

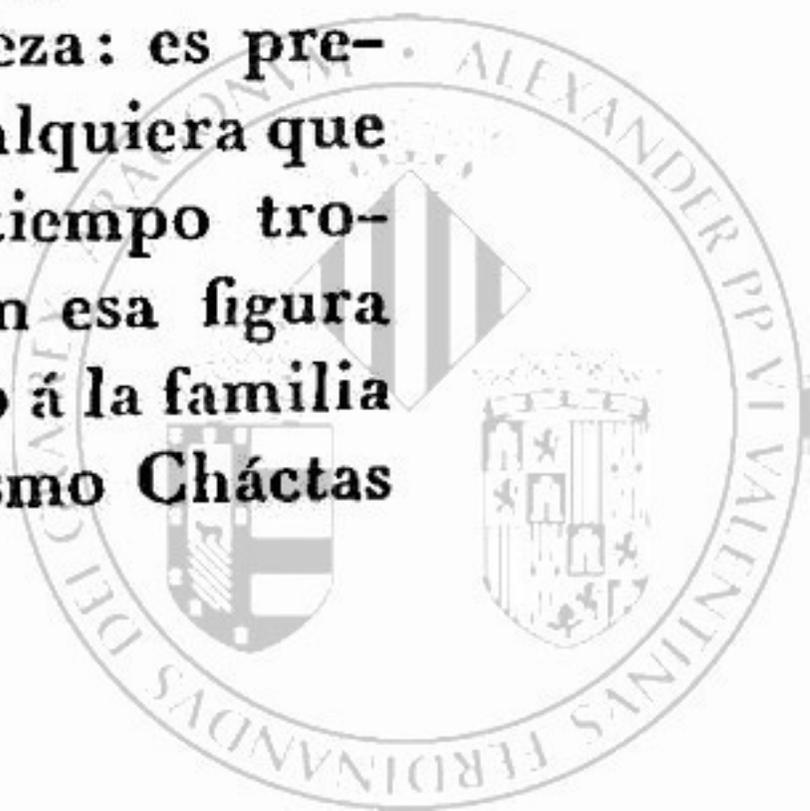


ve renovados sus dolores cada vez que es madre. ¡Cuántos males en sola la pérdida de un recién nacido á quien daba su leche, y que espira sobre su seno! Los montes se llenaban de gemidos, y nada podia consolar á Raquel, porque sus hijos ya no existian. Estos sobresaltos, compañeros de la ternura humana, son tan fuertes, que acabamos de ver grandes señoras amadas de reyes, abandonar la córte para encerrarse en los cláustros, y mortificar la carne rebelde, cuyos placeres están llenos de dolores.»

«Pero acaso me dirás que á tí no te tocan estos últimos egemplos; que toda tu ambicion se reducía á vivir en una oscura cabaña con el hombre que habias elegido; que buscabas menos las dulzuras del himeneo, que los encantos de esa locura que la juventud llama amor: ilusion, quimera, vanidad, sueño de una imaginacion acalorada. ¡Tambien, hija mia, he sufrido las tempestades

del corazón! no siempre ha estado calva esta cabeza, ni este pecho tan tranquilo como ahora parece. Creed á mi experiencia: si el hombre constante en sus afectos pudiese alimentar un sentimiento incesantemente renovado, sin duda alguna la soledad y el amor igualarian al mismo Dios, pues estos son los dos eternos placeres del gran Sér. Pero el alma del hombre se cansa, y jamas ama por mucho tiempo con todo su corazón al mismo objeto. Siempre hay algunos puntos en que no se conforman dos corazones, y esto á la larga basta para hacer la vida insoportable.»

«En fin, querida hija, el grande error de los hombres en su sueño de felicidad, es olvidarse de la pension de morir, unida á su naturaleza: es preciso acabar y disolverse. Cualquiera que hubiese sido tu suerte, el tiempo trocaria tu hermoso rostro en esa figura uniforme que da el sepulcro á la familia de Adan; y los ojos del mismo Cháctas



no podrian reconocerte entre tus hermanas de sepulcro. El amor no estiende su imperio sobre los gusanos del féretro. ¡Qué digo! ¡qué hablo del valor de las amistades de la tierra! ¿Quieres, hija mia, conocerlo á fondo? Si un hombre volviera á la luz algunos dias despues de su muerte, dudo que le viesen otra vez con gusto aquellos mismos que mas lágrimas derramaron por su muerte. ¡Con tanta facilidad se forman nuevos lazos! ¡tan pronto se adquieren nuevos hábitos! ¡tan natural es al hombre la inconstancia, y tan poco importa nuestra vida aun para el corazon de nuestros amigos!»

«Da gracias, hija mia, á la divina bondad, porque tan pronto te saca de este valle de miserias. Ya te está preparado en los cielos el vestido blanco, y la resplandeciente corona de las vírgenes: ya estoy oyendo á la Reina de los ángeles que te dice: *Ven, mi digna sierva, ven, paloma mia á sen-*

tarte en un trono de candor entre todas las vírgenes que sacrificaron su hermosura y sus días al servicio de la humanidad, á la educacion de la juventud y al ejercicio de la penitencia. Ven, rosa mística, á descansar en el seno de Jesucristo: ese féretro, que es la cama nupcial que has escogido, nunca será engañado por tu celestial esposo, y jamas tendrán fin sus abrazos.»

Como al postrer rayo del día caen los vientos, y se esparce la calma por el hermoso cielo, así aplacó el discurso del anciano las pasiones exaltadas en el pecho de mi amante, que no se mostró ocupada sino de mi dolor, y de los medios de hacerme soportable su pérdida. Ya me decia: «Moriré dichosa, si me prometes enjugar tus lágrimas.» Ya me hablaba de mi madre, de mi patria, y trataba de distraerme del dolor presente, despertando en mí otros recuerdos. Me exhortaba á la



paciencia y á la virtud. «No, no serás siempre desgraciado, me decia: si el cielo te prueba ahora, es sólo por hacerte mas compasivo de los males de los demas. Cháctas, el corazon es como aquellos árboles, que no dan su bálsamo para las heridas de los hombres, hasta que el hierro ha herido su mismo tronco.»

Dicho esto se volvió hácia el misio-nero, buscando en él el consuelo que me habia hecho sentir; y alternativa-mente consoladora y consolada, daba y recibia la palabra de vida sobre el lecho de muerte.

El ermitaño aumentaba su celo á medida que crecia nuestra desgracia: todos sus miembros se habian reanimado por el ardor de la caridad, y preparando siempre remedios, atizando el fuego, y refrescando el lecho, hacia admirables discursos sobre Dios y la felicidad de los justos. Con la antorcha de la religion en la mano, parece

que guiaba á Atala á la tumba, para descubrirle maravillas secretas. La humilde gruta estaba llena de la grandeza de esta muerte cristiana, y sin duda los espíritus celestes asistian á una escena, en que la religion luchaba sola contra el amor, la juventud y la muerte.

Triunfaba esta religion divina, manifestándose su victoria en la santa melancolía que sucedió en nuestras almas á los primeros ímpetus de las pasiones. Hacia la media noche Atala pareció que se animaba, para repetir las oraciones pronunciadas por el religioso junto á su lecho. Poco despues estendió hácia mí su mano, y con una voz que apenas se percibia, me dijo: «¿Te acuerdas, hijo de Utalissi, de aquella primera noche en que me tuviste por la vírgen de los postreros amores? ¡Oh presagio singular de nuestro destino!» Detúvose un momento, y prosiguió: «Cuando pienso que voy

á dejarte para siempre, mi corazón hace tales esfuerzos por vivir, que casi siento en mí el poder de hacerme inmortal, á fuerza de amarte. ¡Mas cúmplase tu voluntad, Dios mio!» Atala calló durante algunos momentos, añadiendo: «Sólo me resta pedirte perdón de los males que te he causado: mi orgullo y mis caprichos te han hecho sufrir mucho. Cháctas, un poco de tierra esparcida sobre mi cuerpo va á poner entre ámbos un mundo entero, y á aliviarte para siempre de mis infortunios.»

«¡Perdonarte! respondí anegado en lágrimas. ¿No soy yo el que ha causado tus desventuras?» «Amigo mio, dijo interrumpiéndome, tu me has hecho dichosísima, y si estuviese en el principio de mis días, prefiriera aun la dicha de amarte algunos instantes en un destierro infeliz, á toda una vida de reposo en mi patria.»

Aquí desfalleció la voz de Atala; las

sombras de la muerte se estendieron en torno de sus ojos y de sus labios; sus dedos errantes buscaban algo que tocar, y en voz baja conversaba con los espíritus invisibles. Haciendo luego un esfuerzo, procuró, pero en vano, sacar del pecho un Crucifijo, y me rogó que yo mismo lo desatase, diciendo:

«Cuando te hablé la primera vez junto á la hoguera, viste brillar esta cruz en mi pecho al resplandor del fuego. Esta es la única alhaja que Atala posee: Lopez, tu padre y el mio, se la envió á mi madre cuando nació. Recibe pues esta herencia, hermano mio, y consévala en memoria de mis desventuras: tú recurrirás al Dios de los desgraciados en los sobresaltos de la vida, y acaso derramarás alguna lágrima por tu amante. Cháctas, tengo que hacerte la última súplica. Nuestra union no podía ser sino corta sobre la tierra; pero despues de esta vida hay otra mas duradera. ¡Cuán terrible fuera verme se-

parada de tí para siempre! no hago mas que precederte hoy, para aguardarte en el reino celestial. Si me has amado, jóven idólatra, haz que te instruyan en la religion cristiana, que prepara nuestra eterna reunion. Esta religion divina obra á tu vista un gran milagro, haciéndome capaz de dejarte, sin morir entre las congojas de la desesperacion. Sin embargo, Cháctas, sólo te pido una simple promesa: sé demasiado lo que cuesta un juramento para exigírtelo. Acaso este voto te separaria de otra mas dichosa que yo.... pero ¿habrá quien te ame como Atala?.... ¡Oh madre, perdona á tu hija este extravío!.... ¡Ah, yo caigo otra vez en mis debilidades, y te robo, Dios mio, pensamientos que deberian ser todos tuyos!»

Traspasado de dolor, y dando tales sollozos que parecia romperse mi pecho, prometí á Atala abrazar la religion cristiana. Á este espectáculo, el solitario levantándose con aire de inspira-

cion, y estendiendo sus brazos hácia la bóveda de la gruta: «Ya es tiempo, exclamó, ya es tiempo de invocar aquí á Dios.»

Apenas pronunció estas palabras, cuando una fuerza sobrenatural me obligó á postrarme de rodillas, é inclinar mi cabeza á los pies de Atala. El sacerdote abre un lugar secreto, donde se encerraba una urna de oro, cubierta con un velo de seda: se arrodilla, y hace una adoracion profunda. La gruta de improviso apareció iluminada: oyéronse en los aires las voces de los ángeles, y los sonidos de las arpas celestes; y cuando el solitario sacó el vaso sagrado del tabernáculo, creí ver al mismo tiempo al Señor que salia del costado del monte.

El sacerdote abrió el cáliz, tomó con sus dedos una hostia blanca como la nieve, y acercándose á Atala pronunció palabras misteriosas. Ella estaba en éstasis, con los ojos levantados al cielo:



sus dolores parece que se habian calmado: todo su espíritu se reunió en su boca, y sus labios entreabiertos recibieron al Dios oculto bajo del pan místico. En seguida el santo anciano empapó un poco de algodón en el óleo sagrado, y frotó las sienes de Atala: miró un instante á la moribunda, y de repente prorumpió en estas fuertes palabras: «Sal, alma cristiana, y ve á unirte con tu Criador.» Levantando entonces mi cabeza inclinada, exclamé mirando el vaso en que estaba el óleo santo: «Padre mio, este remedio ¿volverá la vida á Atala?» «Sí, hijo mio, dijo el anciano cayendo en mis brazos, la vida eterna.» Atala acababa de espirar.—

Aquí Cháctas hubo de interrumpir segunda vez su narracion. Las lágrimas le inundaban, y su voz no hacia mas que proferir palabras mal pronunciadas. El ciego sachem abrió su pecho, y sacando el Crucifijo de Atala, exclamó: ¡ He aquí, René, la prenda de la adver-

sidad! ¡Oh hijo mio! tú le ves, yo no
 puedo verle mas. Dime: ¿no ha padeci-
 do alguna alteracion el oro despues de
 tantos años? ¿no percibes en él alguna
 señal de mis lágrimas? ¿reconoces el
 sitio en que imprimió sus labios mi
 querida? ¿Por qué no es ya cristiano
 Cháctas? ¿Qué frívolas razones de polí-
 tica y de patria le han mantenido hasta
 aquí en los errores de sus padres? No,
 no quiero retardarlo mas. La tierra me
 está ya clamando: ¿aguardas acaso á
 descender á la tumba para abrazar una
 religion divina? ¡Oh tierra! no me
 aguardarás largo tiempo: confío unir-
 me á Atala en el momento que un sa-
 cerdote haya rejuvenecido con el agua
 esta cabeza, encanecida por los sobre-
 saltos.... pero concluyamos lo que resta
 de mi historia.



LOS FUNERALES.

No me detendré ; oh René! en pintarte ahora la desesperacion que se apoderó de mi alma, cuando Atala exhaló el último suspiro. Era preciso tener mas calor del que me queda, y que mis cerrados ojos pudieran abrirse al sol, para pedirle cuenta de las lágrimas que derramaron cuando veía su luz. Sí: esa luna que resplandece sobre nuestras cabezas, se cansará de alumbrar las soledades de Kentucky, y el rio que conduce al presente nuestras piraguas, suspenderá el curso de sus ondas, antes que mis lágrimas dejen de correr por Atala. Dos dias enteros me mantuve insensible á los discursos del ermitaño.

Esforzándose para calmar mi dolor, no empleaba las vanas razones terrenas, contentábase con decirme: *Esta es la voluntad de Dios, hijo mio; y me estrechaba entre sus brazos. A no*

haberlo experimentado, jamas hubiera creido que encerrasen tal consuelo estas palabras del cristiano resignado.

La ternura, la unción é inalterable paciencia del siervo del Todopoderoso, vencieron en fin la obstinacion de mi dolor. Avergonzado de las lágrimas que le obligaba á derramar, le dije: «Padre mio, no turben mas la paz de tus dias las pasiones de un jóven. Permíteme llevar conmigo los restos de mi amante, para sepultarlos en cualquier sitio del desierto; y si estuviese condenado á vivir, procuraré hacerme digno de las bodas eternas que Atala me ha prometido.»

El buen padre lleno de gozo al ver recobrado mi esfuerzo, exclamó: «¡Oh sangre de Jesucristo, sangre de mi divino Maestro! aquí reconozco tus méritos: tu salvarás á este jóven. ¡Oh mi Dios! acaba tu obra, vuelve la paz á esta alma atribulada, y de sus desgracias déjale sólo recuerdos humildes y saludables.»

El varon justo rehusó que llevase conmigo el cuerpo de mi amante; pero me propuso que haria venir la mision para enterrar á la hija de Lopez con toda la pompa cristiana; lo que rehusé tambien por mi parte. «Las desgracias y las virtudes de Atala, le dije, han estado desconocidas para los hombres, y su tumba ocultamente abierta por tu mano y la mia, debe participar de la misma oscuridad.» Convenimos que al dia siguiente al rayar la aurora, partiríamos á enterrar á Atala debajo del arco del puente natural, cerca de las arboledas de la muerte; y así pasamos la noche orando junto á su cuerpo.

Por la tarde condujimos estos preciosos restos á una abertura de la gruta que miraba hácia el Norte. El ermitaño los habia envuelto en una pieza de lienzo de Europa hilado por su madre, única prenda que le quedaba de su antigua patria, y la tenia destinada para su propia tumba. Atala estaba tendida

sobre un césped de sensitivas, descubiertos sus pies, cabeza, espalda, y una parte de su seno. En sus cabellos se veía la flor de la magnolia deshojada; ¡aquella misma que mi mano habia puesto sobre el lecho de la vírgen para fecundarla! Parecia que sus labios, como un boton de rosa cogido despues de dos auroras, iban á sonreirse en su desfallecimiento. En sus megillas de una blancura resplandeciente, se veían algunas venas azules; sus hermosos ojos estaban cerrados; sus modestos pies unidos; y las manos de alabastro apretaban sobre su corazon un Crucifijo de ébano, teniendo ceñido el escapulario de sus votos. Parece que estaba encantada por el ángel de la melancolía, y el doble sueño de la inocencia y la tumba. Mis ojos no han visto cosa mas celestial; y el que ignorára que esta vestal habia tenido vida, la tendria por la estatua de la virginidad dormida.



El religioso no cesó de orar en toda la noche, y yo estuve sentado con profundo silencio á la cabecera del fúnebre lecho de mi Atala. ¡Cuántas veces habian sostenido mis rodillas esta cabeza encantadora durante su sueño! ¡cuántas me habia reclinado sobre ella para percibir y respirar su aliento! Pero al presente no salia ruido alguno de este pecho inmóvil, y en vano aguardaba que despertase esta belleza.

La luna prestó su pálida antorcha á la vigilia fúnebre. En medio de la noche se levantó como una blanca vestal, que viene á llorar sobre el féretro de una compañera. No tardó en estender en los bosques ese gran secreto de melancolía, que con tanto gusto descubre sólo á las añosas encinas y á las antiguas playas de los mares. De tiempo en tiempo el religioso bañaba un ramo florido en agua consagrada, y sacudiéndolo despues, perfumaba la noche con aromas

celestiales. Otras veces repetía con tono anticuado algunos versos de un poeta llamado Job, y decía:

«Pasé como una flor, y me he secado como la yerba de los campos.»

«¿Por qué ha sido concedida la luz al miserable, y la vida á los que padecen amargura de corazón?»

Así cantaba aquel venerable anciano, y su voz grave y cadenciosa se sepultaba en el silencio del desierto. El nombre de Dios y el del sepulcro salían de todos los ecos, de todos los torrentes y de todos los bosques. Mezclábanse á estos fúnebres cantos los arrullos de las palomas de Virginia, la caída de un torrente de la montaña, y el sonido de la campana que llamaba á los viajeros; de modo que en los bosques de la muerte parecía escucharse el lejano coro de los muertos, contestando á la voz del solitario.



Entre tanto se formó en el Oriente una faja de oro. Los gavilanes chillaban desde los peñascos, y las martas entraban en los troncos huecos de los olmos: esta era la señal del entierro de Atala. Cargado el cuerpo sobre mis hombros, y el ermitaño delante con una pala de hierro, principiamos á bajar de peñasco en peñasco: la ancianidad y la muerte hacian igualmente lentos nuestros pasos. Mis lágrimas se desataron á la vista del perro que nos descubrió en el bosque, y que nos señalaba otro camino, saltando de gozo. Muchas veces la larga cabellera de Atala, juguete del vientecillo de la mañana, estendia su velo de oro sobre mis ojos: otras fatigado con la carga, me era preciso dejarla sobre el musgo, y sentarme al lado para recobrar las fuerzas. Al fin llegamos al lugar señalado por mi dolor, y bajamos al arco del puente. ¡Oh hijo mio! era preciso haber visto cómo un jóven salvaje y un anciano sacerdote

cristiano cavaban con sus manos un sepulcro para la infeliz muger, cuyo cuerpo estaba tendido allí cerca en el seco cauce de un torrente.

Concluida nuestra obra, condujimos aquella hermosura á su lecho de tierra. ¡Ay, hijo mio! ¡cuán distinto era el que habia confiado prepararla! Entonces tomando un poco de polvo, y guardando un silencio terrible, fijé por la última vez los ojos en el rostro de Atala, esparciendo en seguida el polvo antiguo sobre su frente de diez y ocho primaveras. Ví desaparecer por grados las facciones de mi amante, y ocultarse sus gracias bajo el velo de la eternidad. Su blanco pecho resaltó algun tiempo sobre la tierra enegrecida, al modo que del centro de una negra arcilla sale una blanca azucena. «¡Lopez, exclamé entonces, he aquí á tu hijo que sepulta á su hermana!» y acabé de cubrir á Atala con la tierra del sueño.

Volvimos á la gruta, donde comuni-



qué al misionero el proyecto que habia formado de quedarme en su compañía. El santo varon, que conocia maravillosamente el corazon del hombre, descubrió mi intencion y el artificio de mi dolor, y me dijo: «Cháctas, hijo de Utalissi, mientras Atala ha vivido, deseaba que permanecieses en estos desiertos; pero ahora que tu suerte ha cambiado, te debes todo á tu patria. Créeme, hijo mio, el dolor no es eterno: tarde ó temprano es preciso que acabe, porque el corazon del hombre no es infinito, y una de nuestras grandes miserias es que no seamos capaces de ser largo tiempo desgraciados. Vuelve al Meschacebé: ve á consolar á tu madre, que te llora todos los dias, y necesita tu apoyo. Cuando tengas proporcion, hazte instruir en la religion de tu querida Atala, y acuérdate que le has prometido ser virtuoso y cristiano. Yo velaré sobre el sepulcro de tu hermana: parte, hijo mio: en el desierto

te seguirán Dios, el alma de tu amante, y la memoria de tu anciano amigo de la montaña.»

Tales fueron las palabras del hombre de la gruta: su autoridad era demasiado grande, y muy profunda su sabiduría para no obedecerle. Al día siguiente dejé á mi huésped, que estrechándome sobre su corazón me dió sus últimos consejos, su última bendición y sus últimas lágrimas; y despues me dirigí al sepulcro de Atala. Sorprendióme el hallar una cruz pequeña, que se manifestaba sobre la muerte, al modo que se descubre el mástil de un navío que ha padecido naufragio. Juzgué que el solitario habia ido á orar junto al sepulcro durante la noche, y esta prueba de su amistad y religion me hizo derramar abundantes lágrimas. Estuve tentado de abrir el sepulcro, y ver á mi amante todavía otra vez; mas un temor religioso me detuvo. Sentéme sobre la tierra recién movida, y apoyado un



codo en las rodillas, y sostenida en mi mano la cabeza, quedé sepultado en el mas amargo sueño. ¡Oh René! allí fue donde por la primera vez reflexioné seriamente sobre la vanidad de la vida, y la vanidad aun mayor de nuestros proyectos. ¡Ay, hijo mio! ¿quién no ha hecho estas reflexiones? yo no soy mas que un viejo ciervo encanecido por los inviernos: mis años compiten con los de la corneja, y á pesar de tantos dias amontonados sobre mi cabeza, á pesar de tan larga esperiencia de la vida, no he encontrado hombre que no haya sido engañado en sus sueños de felicidad, ni corazon que no tuviese alguna llaga oculta. El pecho mas sereno en la apariencia, se semeja á los pozos naturales de la sábana Alachua, cuya superficie parece tranquila y pura; pero cuando miras al fondo del sosegado cauce, reparas el corpulento cocodrilo que alimenta el pozo en las ondas.

Habiendo visto salir y ponerse el sol

en este sitio de dolor, al dia siguiente, al primer canto del pelícano, me dispuse á dejar el sepulcro sagrado, y partí como del punto desde donde queria lanzarme en la carrera de la virtud. Llamé por tres veces al alma de Atala, y otras tantas respondió á mis voces el Genio del desierto debajo del arco fúnebre. En seguida saludé al Oriente; y á lo lejos, en los senderos del monte, descubrí al ermitaño que se dirigia á la cabaña de algun infelice. Hincándome de rodillas, y abrazando estrechamente el sepulcro, exclamé: «¡Duerme en paz en extranjero pais, hija desafortunada! En premio de tu amor, de tu destierro y de tu muerte, vas á ser abandonada hasta del mismo Cháctas.» Con esto me separé de la hija de Lopez, derramando torrentes de lágrimas; y me arranqué de aquellos sitios solitarios, dejando al pie del magestuoso monumento de la naturaleza otro aun mas augusto, el humilde sepulcro de la virtud.

EPÍLOGO.

CHÁCTAS, hijo de Utalissi, el natche, contó esta historia al europeo René. Los padres la han ido trasmitiendo á sus hijos; y yo, viagero en remotos países, te he referido fielmente, lector mio, lo que los indios me han dicho. En esta narracion he notado muchas cosas: el cuadro del pueblo cazador y el del pueblo labrador; la religion, primitiva legisladora del salvage; los riesgos de la ignorancia y del entusiasmo religioso, opuesto á las luces, á la tolerancia y verdadero espíritu del Evangelio; los combates de las pasiones y de las virtudes en un corazon sencillo; el triunfo en fin del cristianismo sobre el sentimiento mas fogoso y el temor mas terrible, á saber, el amor y la muerte.

Cuando me contó esta historia un siminol, me pareció instructiva y en

estremo hermosa, porque pintó en ella el dolor, la flor del desierto y las gracias de la cabaña con una sencillez que no me lisonjeo de haber conservado. Sólo me restaba averiguar, qué había sido del P. Aubry, y nadie me daba noticia de él. Siempre lo hubiera ignorado, y tú lector, igualmente, si la Providencia que todo lo dispone, no me hubiese descubierto lo que deseaba. He aquí como sucedió.

Habia yo recorrido las riberas del Meschacebé, que forman al Mediodía las famosas barreras de la Nueva-Francia, y estaba descoso de ver hácia el Norte la otra maravilla de este imperio, la catarata de Niágara. Habia llegado á muy corta distancia de esta cascada, en el antiguo pais de los agononsiónis (1), cuando una mañana atravesando la llanura descubrí una muger sentada debajo de un árbol, con

1 Los iroqueses.

un niño muerto sobre sus rodillas. Enternecido con este espectáculo, me acerqué á la madre, y oí que decia:

«Si te hubieras quedado entre nosotros, querido hijo, ¡con qué gracia hubiera tu mano disparado el arco! Con brazo nervioso hubieses sujetado al oso feroz, y vencido en la carrera al más ligero danta en la cumbre de la montaña. Blanco armiño de la roca, ¡tan jóven te has ido al país de las almas! ¡Cómo lo has de hacer para vivir en él? Allí no está tu padre para alimentarte con la caza: tendrás frio, y ningun espíritu te dará pieles con que cubrirte. ¡Oh! es preciso que me apresure á reunirme contigo, para cantarte canciones y presentarte mi pecho.»

La madre, concluida esta oracion fúnebre de los desiertos, mecía al hijo en sus rodillas, humedecía sus labios con la leche maternal, y prodigaba á la muerte todos los desvelos que se dedican á la vida.

Esta madre queriendo secar el cuerpo de su hijo sobre las ramas de un árbol, segun la costumbre indiana, para llevarle despues al sepulcro de sus padres, dió principio á la tierna y religiosa ceremonia, desnudando á su hijo, respirando algunos momentos sobre su boca, y diciéndole: «¡Alma de mi hijo, hermosa alma! tu padre te crió con un ósculo sobre mis labios, y los míos no han podido darte segunda vida.» Descubrió despues su seno, y apretó por última vez el helado cuerpillo, que se hubiera reanimado con el fuego del corazon materno, si Dios no se hubiese reservado el aliento que infunde la vida.

Levantóse, y buscó con la vista en el desierto hermoscado por la aurora un árbol, sobre cuyas ramas pudiese colocar á su hijo. Eligió un arce cubierto de flores encarnadas, y festonado de guirnaldas de apio, que exhalaba la mas suave fragancia. Con

una mano bajó las ramas inferiores, y colocó con la otra el cuerpo del niño. Soltando despues la rama, cobró ésta su posicion natural, manteniendo oculto entre las olorosas flores el despojo de la inocencia. ¡Cuán tierna es esta costumbre indiana! En sus áereas tumbas, penetrados los cuerpos de las sustancias etéreas, sepultados entre espesas hojas y flores, refrescados por el rocío, embalsamados por los viente-tillos, mecidos por ellos sobre las mismas ramas en que el ruiseñor ha formado su nido y hecho escuchar su doliente melodía; rodeados en fin de aromas, flores y rosas, pierden toda la fealdad del sepulcro. Si la mano del amante ha suspendido en el árbol de muerte los despojos de su jóven querida; si una madre ha colocado en la morada de los pajarillos los restos de un hijo, entonces se aumenta el embeleso. ¡Árbol americano, que sosteniendo cuerpos humanos en tus ra-

mas, los separas de la morada de los hombres, acercándolos á la de Dios! yo he quedado estático debajo de tu sombra. Tu sublime alegoría representa el árbol de la virtud: sus raíces crecen en el polvo de este mundo; su cima se pierde en las estrellas del firmamento; y sus ramas son los únicos escalones, por donde el hombre, viajero en este globo, puede subir desde la tierra al cielo.

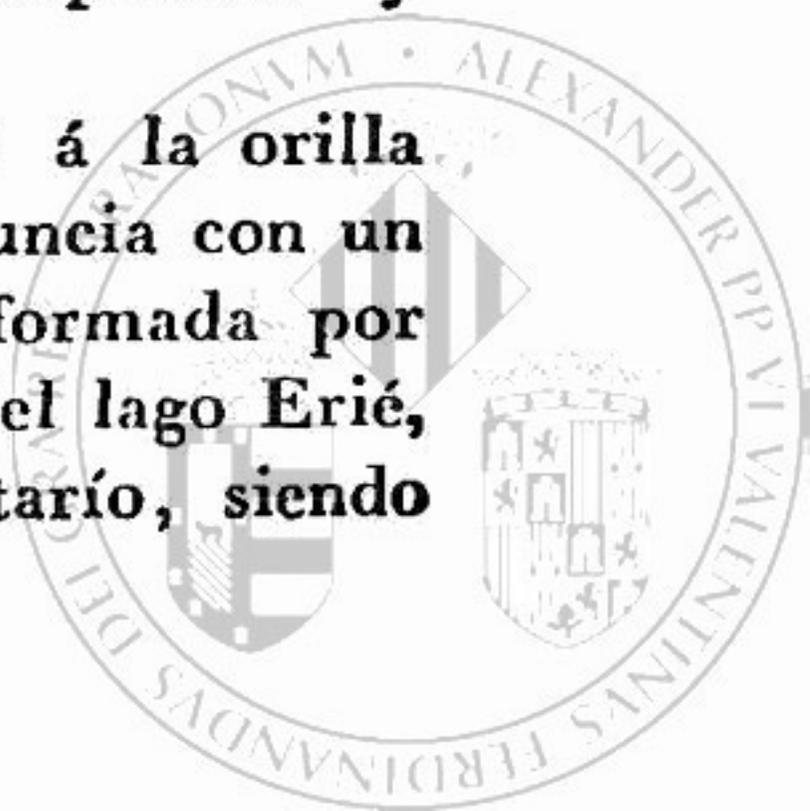
Colocado el hijo sobre el árbol, la madre arrancó un rizo de sus cabellos y lo colgó de las hojas, mientras que el soplo de la aurora mecia en su último sueño, al que una mano maternal habia dormido tantas veces á la misma hora en una cuna de musgo. Entonces me dirigí hácia la muger, y puse mis dos manos sobre su cabeza, dando los tres gritos de dolor. En seguida sin proferir una palabra tomó cada uno un ramo, y nos pusimos á ahuyentar los insectos que susur-

raban al rededor del cuerpo; pero tuvimos gran cuidado de no espantar una paloma, cuyo nido estaba próximo, la cual de tiempo en tiempo venia á arrancar al niño un cabello, para hacer mas blando el nido á sus polluelos. La india le decia: «Palomita, si tú no eres el alma de mi hijo que va volando, eres sin duda una madre que busca algo con que hacer una cuna. Toma esos cabellos, que ya no lavaré mas en el agua de la fuente: tómalos para dormir tus polluelos. ¡El Grande Espiritu te los guarde!»

Entre tanto la madre lloraba de gozo viendo la atencion del extranjero. Al mismo tiempo se acercó un jóven, y la dijo: «Hija de Celuta, recoge á nuestro hijo: ya no nos detendremos aquí mas tiempo, y partiremos al primer sol.» Díjele entonces: «Hermano, yo te deseo un cielo azul, abundancia de cabritillos, un manto de castor y la esperanza. ¿Eres de este

desierto?» «No, me respondió: nosotros vamos desterrados, y buscamos una patria.» Al decir esto, el guerrero inclinó sobre su pecho la cabeza, y dobló la de algunas flores con la punta de su arco. Yo callé conociendo que debía ser lastimosa su historia. La muger quitó á su hijo de las ramas del árbol, y lo entregó á su esposo para que lo condujese. Ambos miraban al niño, y se sonreían; pero su sonrisa estaba mezclada con el llanto. Entonces les dije: «¿Me permitireis que esta noche encienda vuestra lumbre?» «Nosotros no tenemos cabañas, replicó el guerrero: si queréis seguirnos, descansaremos juntos al lado de la catarata.» «Con mucho gusto, le respondí:» y partimos.

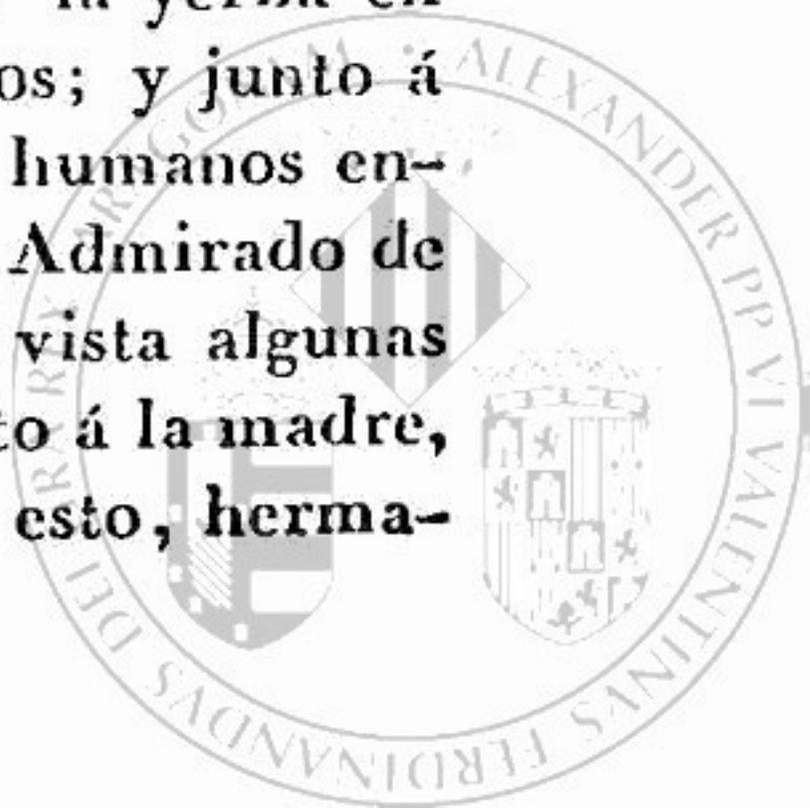
No tardamos en llegar á la orilla de la catarata, que se anuncia con un terrible estruendo. Está formada por el rio Niágara, que sale del lago Erié, y desagua en el lago Ontarío, siendo



su altura perpendicular de ciento cuarenta y cuatro pies. Desde el lago Erié hasta el salto, el rio corre declinando por una rápida pendiente; pero cuando cae, no parece rio, sino un mar, cuyos torrentes se agolpan en la anchurosa boca de un abismo. La catarata se divide en dos brazos, formando una especie de herradura. Entre las dos cascadas se forma una isla cavada por debajo, que náda con todos sus árboles sobre la confusion de las ondas. La masa del rio que se precipita al Mediodía, se envuelve en un vasto cilindro, y estendiéndose despues en cascada de nieve, brilla al resplandecer del sol con todos los colores. La del Levante baja cubierta de una sombra espantosa, y parece una columna de agua del diluvio. Sobre el abismo se forman y cruzan mil iris: las aguas hieren el peñasco estremecido, saltan en torbellinos de espuma, y se levantan por encima de los bos-

ques, como el humo de un vasto incendio. La escena está adornada de pinos, de nogales silvestres y de rocas cortadas en forma de fantasmas. Las águilas, arrebatadas por la corriente del viento, descenden dando vueltas al fondo del abismo, y los carcajos se suspenden con sus largas colas de la punta de una rama baja, para coger en el abismo los destrozados cadáveres de los dantas y de los osos.

Mientras contemplaba este espectáculo con un placer mezclado de terror, la india y su esposo me habían dejado. Caminé en su busca, subí por la orilla del río hacia su vertiente, y los encontré en un sitio análogo á su dolor. Estaban recostados sobre la yerba en compañía de unos ancianos; y junto á ellos se veían esqueletos humanos envueltos en pieles de fieras. Admirado de cuanto se presentaba á mi vista algunas horas hacia, me senté junto á la madre, y la dije: «¿Qué significa esto, herma-



na mia?» «Hermano mio, respondió, esta es la tierra de la patria, los huesos de nuestros abuelos que nos acompañan en nuestro destierro.» «¿Cómo, la dije, os habeis visto reducidos á tal desgracia?» La hija de Celuta respondió: «Nosotros somos los restos de los nat-ches. Despues de la grande mortandad que los franceses hicieron en nuestra nacion para vengar á sus hermanos, los que se libertaron de las manos del vencedor, encontraron asilo entre los chikasas nuestros vecinos. Allí hemos permanecido tranquilos algun tiempo; pero hace siete lunas que los blancos de Virginia se han apoderado de nuestras tierras, diciendo que se las ha dado un rey de Europa. Levantando los ojos al cielo, y cargados con las cenizas de nuestros abuelos, hemos emprendido la marcha por medio de los desiertos. Yo he dado á luz en el camino ese niño; y como mi leche era mala á causa del dolor, ha emponzoñado á mi hijo.» Al

decir esto enjugaba las lágrimas con sus cabellos, y yo la acompañé en el llanto.

«Hermana mia, la dije luego, adoremos al Grande Espíritu, pues todo sucede por su voluntad: los desgraciados no lo serán siempre, y hay un sitio donde no llorarán mas. Si no temiese tener la lengua tan ligera como un blanco, te preguntaría si habias oido hablar de Cháctas el natche.» Al oirme la india, me miró, diciendo: «¿Quién os ha hablado de Cháctas el natche?» «La sabiduría, respondí.» La india añadió: «Os contaré cuanto sepa, porque habeis ahuyentado los insectos del cuerpo de mi hijo, y acabais de decir palabras sublimes sobre el Grande Espíritu. Yo soy la hija de la hija de René el europeo, á quien Cháctas habia adoptado. Cháctas, que recibió el bautismo, y René, mi abuelo, perecieron en aquella mortandad.» «¡El hombre camina siempre de dolor en dolor! exclamé haciendo una inclinacion. Tambien podrias tener noti-

cias del P. Aubry.» «No ha sido mas
 afortunado que Cháctas, dijo la india.
 Supimos que los cheroqueses, enemigos
 de los franceses, habian penetrado hasta
 su mision, guiados por el sonido de la
 campanilla que se tocaba para socorrer
 á los viageros. El P. Aubry pudo sal-
 varse, pero no quiso abandonar á sus
 hijos en la desgracia, y quedó para es-
 forzarlos á morir con su egemplo. Fue
 quemado con grandes tormentos; pero
 jamas pudieron arrancarle una palabra
 que se dirigiese contra Dios ó su patria.
 Mientras duró el suplicio, no dejó de
 rogar por sus verdugos, y de compade-
 cer á las víctimas de que se veía ro-
 deado. Los cheroqueses, ansiosos de
 arrancar una muestra de flaqueza á este
 guerrero de los egércitos del cielo, lle-
 varon á su presencia á un salvage cris-
 tiano, que habian mutilado de un modo
 horrible. Pero se sorprendieron al ver á
 aquel jóven hincarse de rodillas, y be-
 sar las heridas del anciano, que le decia

con semblante sereno: *Hijo mio, nos han hecho el espectáculo del mundo, de los ángeles y de los hombres.* Enfurecidos los indios, le metieron por la garganta un hierro encendido para impedirle que hablase. Entonces, no pudiendo servir ya de consuelo á los hombres, espiró. Se cuenta que los cheroqueses, por mas que estaban acostumbrados á ver sufrir á los salvages con constancia, no pudieron menos de confesar que en el humilde esfuerzo del P. Aubry, reconocian una cosa que no penetraban, y era superior á todos los esfuerzos de la tierra. Conmovidos con muerte tan egemplar, un gran número abrazó la religion cristiana.»

«Algunos años despues, á su vuelta de la tierra de los blancos, supo Cháctas las desventuras del Gefe de la oracion, y fue á recoger sus cenizas y las de Atala. Atravesando el desierto, llegó al sitio donde estaba situada la mision; pero apenas pudo reconocerlo. El lago

habia salido de madre, y la sábana se habia convertido en una laguna intran-
sitable. El puente natural se habia caido,
envolviendo en sus ruinas el sepulcro
de Atala y los bosquecillos de la muer-
te. Cháctas recorrió aquellos sitios, y
visitó la gruta del solitario, que encon-
tró llena de zarzas y frambuesos, es-
tando sólo habitada por una cierva que
daba de mamar á su cervatillo. Sentóse
en la piedra de la vigilia de la muerte,
donde no vió sino algunas plumas de las
aves pasajeras. Durante su silencioso
llanto, salió de unos motorrales vecinos
la serpiente que domesticó el misione-
ro, y se le enroscó en sus pies. Acari-
ció y calentó en su seno á esta antigua
amiga, que habia quedado sola en me-
dio de aquellas ruinas. El hijo de Uta-
lissi contó tambien que muchas veces
al caer la noche, vió en aquella soledad
la sombra de Atala y la del P. Aubry:
visiones que le llenaron de un religioso
espanto y de una triste alegría. Despues

de haber buscado inútilmente el sepulcro del ermitaño, y hecho vanas tentativas para descubrir el de Atala, iba ya á abandonar aquellos lugares, cuando la cierva de la gruta se puso á saltar en su presencia, y se detuvo al pie de la gran cruz de la mision, que se veía medio hundida en el agua: su madero estaba carcomido de musgo, y las aves del desierto se colgaban de sus brazos. Cháctas se figuró que la cierva agradecida le conducia al sepulcro de su huésped: cavó debajo de la piedra, que habia servido de altar en tiempo de los sacrificios, y encontró los despojos de un hombre y de una muger. No dudó que fuesen los del sacerdote y la vírgen, que habrian sepultado los ángeles en aquel sitio. Sacólos de la tierra, los envolvió en pieles de osos, y tomó otra vez el camino del desierto, llevando consigo estos preciosos despojos, que resonaban en sus espaldas como la aljaba de la muerte. Por la noche los colo-

caba debajo de su cabeza, y tenia sueños de amor y de virtud. Cargado con este dulce peso, llegó al pais de los natches. ¡Estrangero, contempla aquí estos huesos y los del mismo Cháctas!»

Al concluir la india estas palabras, me levanté, y acercándome á aquellas sagradas cenizas, me arrodillé delante de ellas en silencio: en seguida alejándome con presurosos pasos, exclamé: ¡Así pasa en la tierra todo lo que es bueno, virtuoso y sensible! ¡Hombre! tú no eres mas que un sueño rápido, un desvarío doloroso: no existes sino por la amargura de tu alma, y la eterna melancolía de tus pensamientos.

Estas reflexiones me ocuparon toda la noche á la orilla de la catarata, que contemplaba al resplandor de la luna. Al dia siguiente al rayar la aurora, mis huéspedes me dejaron para continuar su viage en la soledad. Los soldados jóvenes abrian la marcha, y las esposas la cerraban: los primeros llevaban las pre-

ciosas reliquias, y las segundas sus recién nacidos: los ancianos caminaban lentamente en el centro, colocados entre sus abuelos y su posteridad; entre los que habían existido ya, y los que aun no existían; entre los recuerdos y la esperanza; entre la patria perdida y la patria futura. ¡Oh cuántas lágrimas turban la soledad, cuando se abandona así el país nativo, y desde lo alto de la colina del desierto se descubre por la postrera vez el techo en que fuimos alimentados, y el río de nuestra cabaña, que continúa discurriendo tristemente por los solitarios campos de la patria!

¡Indios desafortunados, yo os he visto errantes por los desiertos del Nuevo-mundo, cargados con las cenizas de vuestros abuelos! Á vosotros que me habeis dado la hospitalidad, á pesar de vuestra miseria, ni siquiera con ella podría corresponderos hoy día, porque también voy errante como vosotros por



el capricho de los hombres; y menos dichoso en mi destierro, ni aun he traído conmigo los huesos de mis padres.



